Clara Ann Simons

EL GAMBITO DE HADES

Serie Seattle Emeralds, libro 3



El gambito de Hades

Serie Seattle Emeralds, libro 3

Clara Ann Simons

El gambito de Hades
Clara Ann Simons

Copyright © 2026 por Clara Ann Simons.
Registrado el 06/05/2026

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
Los nombres de equipos, ligas y entidades deportivas mencionados son ficticios; cualquier coincidencia con marcas reales es involuntaria.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Me gustaría agradecer a Carmen Colorado Ferreira su paciencia durante el proceso de corrección.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

CAPÍTULO 1

Mireya

Chuto el último balón con tanta rabia que deja una marca en la pared del fondo. Se quedará junto a las otras once que siguen ahí porque en Aura Valley ya no se limpia nada.

Al rebotar, casi le da en la cara a Liz.

Protesta, pero apenas la miro. Sigo con los ojos fijos en la huella que ha dejado la pelota justo debajo de la ventana rota, esa que llevamos tres meses pidiendo que arreglen. Hay una fuga de agua en los vestuarios. Incluso la pintura se descascarilla en el escudo del club a la entrada, el que mi padre ayudó a diseñar hace treinta años.

Los fluorescentes parpadean cada pocos segundos, algunos ya no encienden, y dos de las colchonetas del gimnasio tienen agujeros que tapamos con cinta americana.

Esto es Aura Valley.

Puede no ser gran cosa, pero es mi hogar.

No tiene pinta de ser un club de fútbol profesional, porque apenas lo es. Somos el equipo que suele quedar último de la liga, el que sale en las noticias deportivas solo cuando ganamos un partido. El que las rivales miran con una mezcla de lástima y alivio porque

saben que somos tres puntos fáciles. Si fuese una liga europea, habríamos descendido hace tiempo.

Puede que no seamos un club grande, pero somos una familia.

Y yo llevo veintiséis años queriendo este césped con parches con la misma intensidad con la que otras quieren el título de liga.

Liz se acerca y me da un golpe en el brazo.

—Margot quiere verte en su despacho. Dice que es muy urgente —anuncia, encogiéndose de hombros.

—¿Ahora?

—Ahora.

El tono me dice todo lo que necesito saber. Liz no me mira a los ojos y eso significa que sabe algo que posiblemente no me va a gustar. Nuestros problemas financieros son un secreto a voces desde hace un par de años, pero hay una diferencia entre saberlo y que tu capitana te mire como si fuese la última vez que te verá con esta camiseta puesta.

El despacho de mi madre está al final del pasillo, detrás de una puerta que cierra mal porque la bisagra se torció hace años. Margot Guerrero está sentada detrás de su mesa de despacho, con las gafas puestas y los dedos entrelazados. En el techo, la misma mancha de humedad que lleva ahí desde que yo era una niña. Un café a medio beber en la esquina de la mesa, posiblemente frío desde hace tiempo.

—Es mejor que te sientes —suspira cuando entro.

—Casi prefiero quedarme de pie.

—Mireya. Siéntate —ordena.

Me siento y esto no me gusta nada. Creo que es la noticia que todas en el vestuario esperábamos. Cualquier jugadora que esté por encima del salario mínimo que marca la liga tendrá que bajarse el sueldo. Temía que llegase a ocurrir, pero no tan pronto.

Mi madre toma una gran cantidad de aire y la deja escapar poco a poco mientras me clava la mirada. Tiene unas ojeras muy marcadas desde hace meses, pero hoy parecen más profundas, como si alguien le hubiese pintado sombras con un rotulador morado debajo de los ojos.

—La liga ha programado una revisión de viabilidad financiera del club —suelta sin rodeos—. Si no encontramos financiación antes de final de mes, nos retiran la franquicia. No tenemos dinero para seguir adelante.

Mierda. Lo sabía. Llevaba semanas esperando esta noticia. Pero escucharla en voz alta es muy diferente a imaginarla, igual que saber que alguien te va a dar un bofetón no hace que duela menos.

—¿Cuánto dinero necesitamos? —pregunto con un hilo de voz.

—Más de lo que ningún patrocinador local puede ofrecer. He llamado a todo el mundo, Mireya. A todo el jodido mundo. Empresas, fundaciones, inversores privados. Nadie quiere meter dinero en un club que queda el último un año tras otro.

—¿Y el ayuntamiento?

—El ayuntamiento nos ha ofrecido sus mejores deseos. Literalmente. Me han deseado suerte por email. Con un emoticono y

todo.

—¿Un emoticono?

—Un pulgar hacia arriba —suspira.

Apoyo los codos en las rodillas y me paso las manos por la cara. La mancha de humedad del techo parece más grande que ayer. De pronto, todo el club se desmorona.

—Hay una manera de salvarnos —continúa mi madre, aunque algo en su voz cambia.

Levanto la cabeza bruscamente.

—¿La hay? —pregunto sorprendida.

—Las Seattle Emeralds.

¡Cómo no! Las Emeralds. El equipo más poderoso de la liga. Los salarios más altos. Esas instalaciones que parecen sacadas de una película. La entrenadora más temida del país.

Diana Creed.

—¿Qué quieren? Nada bueno, supongo, viniendo de ese equipo —mascullo entre dientes.

—A ti —responde mi madre, alzando las cejas.

—No.

—Mireya, escucha, por favor. Solo te pido eso. Sería un traspaso. Las Seattle Emeralds pagan al Aura Valley una cifra récord en concepto de derechos de traspaso y tú firmas con ellas un contrato de cinco años, el más largo que permite la liga. Pero eso no es todo. El grupo inversor de Drummond se compromete a entrar en un acuerdo de afiliación con Aura Valley que incluye patrocinio,

infraestructura y acceso al programa juvenil de las Emeralds. Cinco años de estabilidad garantizada. Todo vinculado.

—Todo vinculado —repito, porque necesito escucharlo dos veces para creerlo—. Programa de patrocinio significa que me están comprando.

—Sí, más o menos. Te quieren solo a ti. Lo ha pedido Diana Creed de manera expresa. He hablado con Alexandra Drummond, la directora general, y la oferta es clara: nuestro club sobrevive cinco años. A cambio, tú te vas a Seattle y juegas para ella.

Me levanto de sopetón. Necesito moverme. De pronto, el despacho de mi madre se ha quedado demasiado pequeño. Doy tres pasos hasta la ventana y se me va la mirada al campo principal, el césped irregular, lleno de parches, y a las gradas que necesitan una mano de pintura. En la banda, alguien ha dejado un saco de balones que se está mojando con la llovizna.

—¿Y si digo que no? ¿Qué pasa si me niego a jugar para ellas?

—Si dices que no, el club desaparece antes de que acabe el mes. No llegamos ni a empezar la liga. Se acabó Aura Valley. Para siempre. Se acabaron los equipos juveniles. Se acabaron los entrenamientos del martes para las niñas del barrio. Se acabó todo, Mireya. Todo lo que tu padre construyó.

Mierda. Tenía que mencionar a mi padre. Siempre sabe dónde clavar el cuchillo. No es porque sea cruel, que a veces también lo es, aunque sea mi madre. Es porque me conoce mejor que nadie y sabe que la memoria de mi padre es lo único capaz de hacer que me mueva cuando me empeño en no hacerlo.

—He negociado una cláusula —añade, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro que apenas consigo escuchar—. Podrás volver cada diciembre para el partido benéfico de la comunidad.

—Genial. De puta madre. Un partido al año. Qué generosos.

—Es todo lo que he podido conseguir, Mireya —añade a modo de disculpa.

—No, todo lo que has podido conseguir es vender a tu hija como si fuese una mercancía —protesto.

Se quita las gafas despacio y me mira. Directa. Sin pestañear. Mi madre nunca pestañea cuando está a punto de decir algo muy importante. Yo hago lo mismo. Supongo que es genético. Quién sabe.

—No te estoy vendiendo. Te estoy pidiendo que salves al club que tu padre fundó. Son cosas muy diferentes.

—¿Lo son? ¿De verdad lo son?

Nos quedamos en silencio, solo se escuchan las gotas de lluvia repiqueteando contra la ventana. Nunca llueve en este lugar y justamente hoy tiene que hacerlo. Es un mal presagio.

—Piénsalo esta noche. Solo te pido eso —dice al fin—. Mañana necesito una respuesta.

***

El centro comunitario que el club mantiene para ayudar al barrio está cerrado a esta hora, pero yo tengo las llaves.

Cuando le doy al interruptor, las luces del pasillo se encienden con un zumbido y lo primero que veo es la foto enmarcada junto a la

puerta. Un grupo de hombres y mujeres en los años noventa, con camisetas demasiado grandes y sonrisas enormes, posando delante de un campo de tierra que hoy es nuestro estadio.

Mi padre está en la segunda fila. Joven. Moreno. Con un bigote que mi madre le obligó a afeitarse años más tarde. Sonríe con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados por el sol. Éramos un club de barrio, un lugar donde el fútbol era la forma de tener a los jóvenes alejados de las calles y de los problemas. En cierto modo, lo seguimos siendo.

Debajo de la foto, una placa de bronce que leo sin necesidad de mirarla porque me la sé de memoria.

Tomás Guerrero. Cofundador de Aura Valley. Entrenador del primer equipo juvenil. 1968-2012.

Apoyo la frente contra la pared, justo al lado de la placa. El metal está frío.

—Papá, ¿qué coño hago? —susurro.

Obviamente, no hay respuesta. Mi padre murió cuando yo era una niña y desde entonces, le hago preguntas que nunca contesta.

Escucho sus pasos antes de verla. El taconeo rítmico, inconfundible. Mi madre camina igual que entrena, despacio, pero con una cadencia que no admite interrupciones.

Se detiene a mi lado, aunque no dice nada. Solo observa la placa en silencio. Permanecemos así un buen rato, las dos, delante del nombre de una persona que ya no está, pero que sigue siendo muy importante en nuestro club.

—Tu padre construyó esto con sus propias manos, Mireya —murmura—. Y yo lo he mantenido lo mejor que he podido. Nadie pensó nunca que llegaríamos a jugar en la liga profesional y ha sido en gran parte gracias a ti y a tus goles. Estaría muy orgulloso. Ahora te toca a ti decidir. Yo no te voy a decir lo que debes hacer, sea lo que sea, respetaré tu decisión.

No respondo, porque si abro la boca voy a llorar y no quiero llorar aquí. No quiero hacerlo delante de la placa de mi padre. Mucho menos con mi madre esperando que tome una jodida decisión en la que, elija lo que elija, siempre pierdo. Trago saliva y me muerdo el interior de la mejilla hasta que siento el sabor de mi propia sangre, hasta que el dolor sustituye a las lágrimas.

***

El bar de siempre se llama Tiempo Añadido. Al dueño le pareció gracioso cuando lo abrió hace veinte años, porque todo lo que rodea a la pequeña comunidad de Aura Valley tiene que ver con el fútbol. Mis compañeras ya están aquí. Siete de las once titulares, más cuatro suplentes y Becca, la segunda entrenadora, que oficialmente no debería estar bebiendo con nosotras, pero a ella nunca le ha importado demasiado lo que es oficial.

En cuanto me ven entrar, las conversaciones se cortan de repente, como si alguien acabase de apagar una radio.

Lo saben. He sido la última tonta en enterarme.

—Joder, Guerrero, ¿quién se ha muerto? —pregunta el camarero desde la barra.

—Nadie todavía, pero estamos en ello. Ponme una cerveza.

Me siento en la silla del rincón, la mía, la que tiene una pata más corta que las otras y se tambalea un poco. El camarero me pone la cerveza sin preguntar qué tipo quiero, porque siempre pido la misma.

—¿Es verdad? —dice Kayla desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué parte?

—La parte en la que te vas a Seattle y nos dejas tiradas.

—¿Os dejo tiradas? —pregunto, bebiendo un largo trago de cerveza—. Más bien la parte en la que me obligan a irme a Seattle para que el club no desaparezca —corrijo.

Liz se sienta a mi lado y me apoya la mano en la rodilla, apretándola ligeramente.

—¿Es definitivo?

—Todavía no he aceptado.

—Pero vas a aceptar, ¿verdad?

—Sí. Voy a aceptar —admito con un suspiro de rendición.

Nadie dice nada durante unos segundos que se me hacen eternos. De pronto, Becca se levanta, va a la barra y vuelve con una botella de tequila y vasos suficientes para todas.

—Si Mireya se va, nos emborrachamos —anuncia—. Es la norma del club.

—Esa norma no existe —protesta Kayla.

Pero los vasos de tequila se llenan igual y pronto cae una segunda botella. Liz me abraza y me aprieta tan fuerte que me crujen las costillas. Deja mi cuello lleno de lágrimas. Bebo otro vaso

y les cuento las condiciones. El traspaso, el acuerdo de inversión, los cinco años de vida garantizados para nuestro club, la cláusula del partido benéfico, y el hecho de que Diana Creed me haya pedido personalmente.

—Joder. Hades —silba Kayla.

—Te vas a cagar —dice Becca, sirviendo otra ronda de chupitos—. No tiene nada que ver con tu madre a la hora de entrenar. Esa tía no tiene alma. Solo le importa ganar y destroza a cualquier jugadora que no encaje en su sistema de juego.

—Gracias, Becca. Es justo lo que necesitaba escuchar en estos momentos para darme ánimos —ironizo.

—Es la verdad. Pero también es la mejor entrenadora del país. Y las Emeralds han ganado tres de las últimas cinco ligas. Y tú encajarás, porque eres la jodida Mireya Guerrero, la única jugadora de la historia de nuestro club que ha llegado a la selección nacional.

—O puede salir mal.

—O puede salir mal —concede, chocando su vaso contra el mío—. Pero si eso ocurre, siempre nos tendrás aquí, esperándote. Y cuando juguemos contra vosotras montaremos una fiesta, total, nos vais a ganar igual.

—Y no te daremos patadas en el campo, lo juro —añade Liz.

Bebemos, quizá demasiado. Hablamos. Nos reímos de cosas que no tienen ninguna gracia y a las dos de la madrugada, Liz me lleva a casa porque yo no puedo conducir y porque alguien tiene que asegurarse de que no me quedo dormida en el aparcamiento del bar.

En la puerta de mi apartamento, me abraza de nuevo.

—Vas a ir a Seattle. Vas a jugar con las Emeralds. Y vas a ser la mejor del equipo. ¿Me has oído?

—Te he oído.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me abraza otra vez. Me aprieta. Me suelta y se aleja por el pasillo sin mirar atrás. Sé que no quiere que la vea llorar.

A las seis de la mañana llamo a mi madre. De todos modos, no consigo dormir, así que prefiero quitarme esto de golpe, como quien se quita una tirita. Quizá así duela menos.

Suena tres veces y responde con voz ronca. La he despertado. Cojo aire.

—Acepto.

—Bien —responde.

Solo eso. Bien. Una sola palabra que sentencia mi futuro.

El anuncio sale a las ocho. Para las nueve, mi teléfono no deja de vibrar. Mensajes de fans que me llaman mártir, otros que dicen que soy una vendida. Un hilo en Twitter con mi nombre en tendencia. Periodistas pidiendo declaraciones. Compañeras de la selección escribiendo emoticonos de corazones rotos. Las jugadoras de mi equipo dejándome mensajes de voz que no quiero escuchar.

Las redes estallan. Debajo de cada foto hay palabras como sacrificio o traición. Incluso un meme compara mi traspaso con el rapto de Perséfone de la mitología griega, donde Hades se la lleva al inframundo.

Miro la pantalla hasta que las letras se desdibujan.

No soy ninguna mártir. Y mucho menos una traidora. Soy una futbolista profesional que va a jugar donde le dicen para que las niñas de su barrio sigan teniendo un campo donde dar patadas a un balón los martes por la tarde.

Apago el móvil. Me ducho. Me visto y meto la vida entera en dos maletas y una bolsa de deporte de camino a la pretemporada de las Seattle Emeralds en Florida.

***

Esa tarde, en el aeropuerto, la barbilla de mi madre tiembla un poco y eso es algo que nunca había visto antes.

Me abraza fuerte y yo me sujeto a ella como cuando era una niña y tenía miedo antes de los partidos.

—No dejes que te cambien —susurra contra mi pelo.

—No lo harán.

Se separa. Me sujeta por los hombros y me clava la mirada.

—Lo digo en serio, Mireya. Esa gente juega a otro tipo de fútbol. Tienen dinero, tienen poder, tienen un sistema que te triturará si se lo permites. Tú juegas como te enseñó tu padre: con el corazón. No les dejes que acaben con tu creatividad, sigue disfrutando del fútbol.

—Te lo prometo —le aseguro, aunque no tengo claro que pueda cumplirlo.

—Llámame cuando aterrices.

—Vale.

—Y come algo en el avión. No quiero que llegues con el estómago vacío a la concentración de pretemporada.

—Mamá, no tengo doce años.

—Para mí, siempre tendrás doce años —murmura, y esta vez sí se le escapan las lágrimas—. Venga. Pasa el control de una vez y brilla en tu nuevo equipo.

En el avión, intento distraerme leyendo algunas entrevistas a mi nueva entrenadora. Fotos en la banda, en todas con los brazos cruzados y siempre con cara de mala leche.

—La creatividad sin estructura es el caos. Y el caos no gana campeonatos —le dice a un periodista.

Prefiero cerrar el móvil.

Caos. Eso es exactamente lo que yo soy. Lo que siempre he sido. Lo que mi padre me enseñó a ser en los campos de tierra de Aura Valley cuando tenía cinco años y unas botas de segunda mano que manteníamos con cinta aislante.

Diana Creed me ha comprado para meterme en su sistema.

Y yo voy a demostrarle que su sistema no tiene ni puta idea de lo que está a punto de entrar por la puerta.

CAPÍTULO 2

Hades

Rebobino el vídeo por decimocuarta vez y sigo sin entender cómo lo hace. Aunque, quizá a estas alturas, la pregunta debería ser por qué no puedo dejar de mirarla.

Minuto setenta y tres de un partido de hace dos temporadas. Aura Valley pierde dos a uno contra el octavo clasificado. Mireya Guerrero recibe de espaldas a la portería, rodeada de dos centrales. Según mis modelos, tiene tres opciones: proteger el balón y esperar apoyo, jugar en corto hacia la banda, o dejarse caer en cuanto sienta el contacto y rezar para que piten una falta. Las tres son correctas. Las tres son predecibles.

Elige la cuarta.

Gira sobre su pie izquierdo, se cuela entre las dos defensas con un movimiento que no parece humano, y sin apenas armar la pierna, saca un disparo con rosca que la portera ve pasar por encima de sus guantes sin poder hacer nada.

Pauso la imagen. La pelota está suspendida a medio camino entre el pie de Guerrero y la red. Congelada en el aire.

¿Cómo sabía que tenía ese ángulo? ¿Cómo supo que la portera estaba adelantada unos tres metros si recibió de espaldas?

Mi modelo estadístico dice que desde esa posición, con esa presión defensiva, la probabilidad de gol es del once por ciento. Y ella chuta sin dudarlo.

Once por ciento. Y chuta sin dudarlo.

Partido tras partido, Mireya Guerrero se mueve por el campo sin respetar los sistemas de juego, sin pedir permiso para estar donde se supone que no debería estar.

Llevo dos temporadas intentando ignorarla, pero cada vez regresa con más fuerza. Más nítida. Más insistente.

—¿Cuántas veces vas a ver ese gol? —escucho a mi espalda.

Ethan está apoyado en el marco de la puerta con un café en cada mano. Uno para él y otro para mí. Siempre trae dos. Lleva ocho años siendo mi asistente y ha aprendido que no me gusta pedir las cosas. Prefiero que lleguen o no lleguen.

—Las que haga falta —respondo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Ya te lo sabes de memoria, Diana. Hemos analizado todos sus partidos. Tenemos sus mapas de calor, sus estadísticas, su porcentaje de duelos ganados, su rendimiento por minuto jugado. Lo tenemos todo. Y sabes perfectamente que no va a encajar en este equipo.

Ethan deja el café en mi mesa. Se sienta en la silla que hay frente al escritorio, la misma que todas las jugadoras odian porque es más baja que la mía y eso está hecho a propósito.

—Es una jugadora de instinto, Diana. Hay cosas que el instinto hace y los datos no pueden recoger. Esa mujer jugando

junto a Iris Vance… nos volverán locos a todos —insiste.

—En la selección nacional juegan juntas y funciona.

—Porque su entrenadora les da libertad de movimientos. Esto es diferente. Hemos tenido otras jugadoras así y todas se han marchitado dentro del sistema. Varias pidieron ellas mismas el traspaso. Hubo un tiempo en el que la prensa nos llamaba el cementerio del talento.

—Con esta jugadora tengo un presentimiento. Funcionará —suspiro, y a continuación bebo un largo sorbo de mi café.

—¿Me estás diciendo que has forzado el traspaso más caro de la temporada por un presentimiento? Espero que funcione, de verdad, Alex Drummond se pondrá hecha una fiera si tienes que dejarla en el banquillo.

Le sostengo la mirada, pero Ethan me la aguanta. Es una de las pocas personas que no se intimida cuando lo hago. Las jugadoras bajan los ojos, todas menos Iris. Drummond suele cambiar de tema. Los periodistas tartamudean. Ethan, en cambio, se termina el café y espera.

—¿Has acabado? —pregunto.

—No. Pero sé que no vas a cambiar de opinión y el fichaje está firmado, así que me ahorro el discurso. Solo quiero que quede constancia de que te lo he advertido y de que no estoy de acuerdo. Por cierto, ha dado una rueda de prensa hace un rato —informa antes de marcharse.

Veo la rueda de prensa cinco veces.

La primera, analizo su lenguaje corporal. Espalda recta. Hombros hacia atrás. Las manos quietas sobre la mesa, sin tamborilear los dedos, sin juguetear con el bolígrafo. Mira a las cámaras directamente, sin desviar la vista. Profesional. Controlada.

La segunda vez, escucho lo que dice. Todo respuestas cortas y neutras. Precisas. Le preguntan si está ilusionada por el fichaje y agradece la oportunidad. Le preguntan si tiene miedo de la presión de jugar con compañeras de ese nivel y responde que la presión es un privilegio.

Todo correcto. Estudiado. Quizá demasiado medido. No dará problemas con la prensa, para eso ya tengo a Iris Vance.

La tercera vez lo veo más claro.

Es casi imperceptible, pero aprieta con fuerza el borde de la mesa cuando el periodista menciona el "acuerdo de afiliación" con su club. Para nosotras es una inversión estratégica en cantera. Para ella es lo único que mantiene vivo al equipo de su padre, aunque no le podemos dar ese nombre en público. En ese brevísimo instante muestra lo que realmente siente.

Mireya Guerrero no está agradecida ni ilusionada.

Está muy cabreada.

Pero es un enfado silencioso, contenido. Un enfado profesional. Y eso es bueno y malo a la vez, porque sabe mantener la calma, pero ese tipo de rabia dura más y es más peligrosa.

El teléfono suena. Alexandra Drummond, esperaba su llamada en cualquier momento.

—No necesito recordarte que el Consejo del club está tan encantado con el fichaje como preocupado. Nos jugamos mucho con esto, Diana.

—Lo sé —le aseguro. Ya se lo he dicho siete millones de veces.

—Las expectativas son claras. Mireya Guerrero no solo tiene que jugar, tiene que brillar. Y el equipo tiene que ganar el campeonato. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

Me recuerda una vez más el traspaso récord que hemos pagado por esa jugadora y la inversión adicional del grupo Drummond en el acuerdo de afiliación con su antiguo club. Todo eso ya lo sé de memoria, así que me disculpo educadamente diciendo que vamos a empezar una sesión técnica con las jugadoras, aunque ambas sabemos que no es cierto.

No necesito que nadie me recuerde que fui yo quien pidió a Guerrero. No fueron ni Drummond ni el Consejo. Me planté delante de su mesa de despacho con un informe de 50 páginas y le dije que necesitaba a esa jugadora para asegurar la liga.

Mañana salimos hacia Florida para la pretemporada y más vale que esto funcione.

Cierro el despacho, subo al coche y conduzco en silencio. Las calles de Seattle están mojadas, ha vuelto a llover, y las luces de los semáforos se reflejan en el asfalto, rojas, verdes, amarillas, cambiando a intervalos predecibles. Me gustan los semáforos. Son uno de los pocos sistemas que siempre funcionan exactamente como se diseñaron.

El apartamento está a oscuras cuando entro. Dejo las llaves en el cuenco de la entrada. La bolsa en el suelo. Los zapatos al lado de la puerta, alineados. Cada cosa en su sitio. Enciendo solo la luz de la cocina. La del salón ilumina demasiado y a esta hora prefiero las sombras.

Me quedo como una idiota mirando la foto de las gemelas.

Parece mentira que ya tengan doce años. Han sacado la sonrisa de su madre. Lauren les hizo esa foto el verano pasado en Vancouver, me la mandó por WhatsApp con un mensaje que decía "las niñas te echan de menos" y yo la imprimí al día siguiente en la copistería de la esquina.

Las veo un fin de semana de cada dos. A veces cada tres, depende del calendario de partidos. Hacemos videollamada casi todos los días, aunque este año parecen estar más ocupadas y a veces se la saltan.

Otras veces soy yo quien se la salta. Mi trabajo destrozó mi matrimonio. Como decía mi ex, el fútbol siempre gana.

No es que yo quiera que gane. Es que no sé cómo hacer que pierda.

Lauren lo vio claro casi desde el principio. Me lo dijo una noche, sentadas en esta misma cocina, tres meses antes de irse. "Lo más jodido es que no compito contra otra mujer, compito con tus partidos de liga y tus sistemas, y voy a perder siempre".

Esa noche no discutí, simplemente seguí preparando el partido del día siguiente porque nuestra línea defensiva no funcionaba bien en las transiciones y eso era importante.

Para entonces ya no quedaba nada entre nosotras. Éramos tan solo dos amigas que vivíamos juntas y de vez en cuando hacíamos el amor casi por rutina.

CAPÍTULO 3

Mireya

Tres camisetas de entrenamiento, una bolsa deportiva, una carpeta de bienvenida, una tarjeta de acceso a mi habitación y un horario que parece haber sido diseñado para matar a cualquier cosa que no sea un robot. Eso es todo lo que recibo al llegar a mi nuevo club.

Eso sí, las instalaciones de entrenamiento son de otro planeta. Tres campos con el césped perfecto y un gimnasio que parece una nave espacial con máquinas que no sé ni para qué sirven.

En Aura Valley, el gimnasio tenía sobre todo barras, mancuernas y alguna cinta de correr, una de ellas estropeada desde la temporada pasada.

Aquí tienen cámara de crioterapia de cuerpo entero y cinta antigravedad para rehabilitar las lesiones.

Hades me da los buenos días y señala la puerta del vestuario. Nada más. No hay presentaciones oficiales ni charlas de bienvenida. Nada. Así que trago saliva, me ajusto la nueva bolsa que me han dado al hombro y empujo la puerta.

De inmediato se hace un silencio sepulcral.

Todas las cabezas se giran hacia mí. Algunas sonríen con educación. Otras me miran con curiosidad. Y una, al fondo, junto a la taquilla de la esquina, me clava unos ojos azules con una intensidad que podría perforar la pared.

Nika Wallace.

La conozco de nombre. Delantera, veinticuatro años, fichada la temporada pasada como segunda punta por si se lesiona Iris Vance. Marcó seis goles en la liga del año pasado. Y ahora yo estoy aquí, ocupando el espacio con el que ella lleva meses soñando.

Cada jugadora parece seguir a lo suyo. Un par de "holas" un "bienvenida" y poco más. No sé por qué, pero pensé que sería muy diferente.

Bien. Al menos ya sé dónde estoy y lo que puedo esperar de este equipo.

—¡Buah, Guerrero! Pensé que no vendrías ni en broma. Y aquí estás. Para Hades no hay obstáculos —escucho detrás de mí.

Iris Vance. Hemos coincidido varias veces en la selección y en todas ellas habló más que el resto de jugadoras juntas. Tiene cara de llevar despierta desde las cinco de la mañana o de no haberse acostado.

—No se lo digas a nadie, pero he salido por la noche —susurra a mi lado, como si me estuviese contando un gran secreto—. Eso sí, ahora salgo de fiesta con mi novia—añade.

Quiero decir algo, pero me interrumpe de inmediato.

—Casi me quitas el título de máxima goleadora la temporada pasada. Mira, nos vamos a llevar muy bien o muy mal, depende. No,

en serio, creo que bien, pero como me quites el puesto, te juro que te tiro las botas a la piscina —suelta casi sin respirar—. Quítale el puesto a aquella de allí —agrega, señalando hacia Nika Wallace—. Es broma. Bueno, medio broma, nada más. A ver, siéntate aquí, te han puesto la taquilla junto a la mía. ¿Has desayunado? El café de aquí es una mierda, pero el zumo de naranja está muy bien, es lo bueno de estar en Florida. ¿Conoces a alguien? Seguro que sí. Si no, no importa, ya te presento yo a todo el mundo, es lo que mejor se me da aparte de meter goles.

No me deja hablar ni una sola palabra. Iris Vance habla igual que juega; en ráfagas, sin previo aviso, cambiando de dirección cada tres segundos.

—Esa de ahí es Zoe —dice, señalando hacia una mujer morena, con el pelo recogido y los brazos cruzados, que me saluda desde la otra punta del vestuario—. Es la capitana. La mejor centrocampista del país. No le lleves la contraria el primer día, confía en mí. Pero es buena gente. La del fondo, la que parece estar resolviendo problemas matemáticos en la cabeza, es Jade Herrera. No habla mucho. La bajita de pelo corto es Tina.

—Iris, creo que es mejor que…

—Espera, espera, que aún me falta lo mejor, ven, sal un momento conmigo.

Me encojo de hombros y la sigo fuera del vestuario. De pronto, se detiene y silba con fuerza.

—¡Eh, jefe! ¡Ven aquí!

Escucho pasos rápidos. Muy rápidos. Demasiado rápidos para un adulto. Un niño de unos tres años aparece por el pasillo a toda

velocidad, con una camiseta del equipo que le queda enorme, unos pantalones cortos, y unas zapatillas cuyas suelas se iluminan con cada paso. Lleva un trozo de galleta en una mano y un muñeco de algo indefinido en la otra mientras le persigue una mujer con gafas.

—Wesley Méndez —anuncia Iris con orgullo—. Hijo de Zoe y Tessa, y es el jefe supremo de las Seattle Emeralds. Ni siquiera Hades o Alexandra Drummond tienen tanta autoridad. Por eso es el jefe, claro. ¿Verdad, jefe?

El niño se detiene delante de mí y me observa de arriba abajo con unos ojos marrones enormes. A continuación, se mete el trozo de galleta en la boca y se limpia la mano en la camiseta.

—¿Tú quen erez? —pregunta con la boca llena.

—Soy Mireya. Voy a jugar en el equipo —le explico.

Wesley ladea la cabeza. Mastica. Se mete la mano en los pantalones, saca otro trozo de galleta que lleva guardado y me lo planta en el bolsillo del pantalón corto con los dedos pegajosos.

—Buah, ya eres de la familia, ¿has visto? —suelta Iris, cruzándose de brazos con satisfacción—. El jefe no le mete galletas en el bolso a cualquiera. Bienvenida oficialmente a las Seattle Emeralds.

El chiquillo ya ha perdido todo interés en mí y se ha colado en el vestuario, donde casi todas las jugadoras parecen detener cualquier cosa que estén haciendo para decirle algo.

—Gracias.

—Buah, de nada. Ahora, lo importante. Ese niño tiene magia. Lo digo en serio, en el pelo. Lo hueles y te da buena suerte para

todo el día.

—¿Perdona?

—Yo llevo dos años enganchada. No lo puedo controlar. Es superior a mí —continúa.

—Estás asustando a la nueva —interviene Zoe Méndez, sacando a su hijo del vestuario—. Bienvenida al equipo. No te tomes como algo personal que la entrenadora no te haya presentado al resto de las jugadoras. Ella es así, tiene sus cosas, pero es buena persona. Y si Iris te agobia, dile que se calle. Bueno, ya la conoces, así que no debería cogerte de sorpresa.

***

Antes del primer entrenamiento, tenemos una sesión técnica. La sala de reuniones tiene una mesa ovalada, una pantalla que ocupa toda la pared y el aire acondicionado con una temperatura tan baja que se me pone la piel de gallina al entrar. Después del calor del vestuario, el contraste es brutal. Me siento en la silla más alejada de la entrenadora, prefiero no llamar la atención el primer día y quiero poder ver a todo el mundo.

Diana Creed llega a las nueve en punto. Ni un minuto antes.

Pone los ojos en blanco al ver que Iris Vance entra un par de minutos más tarde, cuando todas están ya sentadas.

—Voy a sentarme aquí contigo, porque tan temprano, Hades me da un poco de miedo —bromea, colocando una silla a mi lado.

—Es el primer día de la temporada, así que vamos a repasar cómo funcionan las cosas aquí —empieza la entrenadora sin sentarse, de pie junto a la pantalla—. El sistema táctico de las

Seattle Emeralds se basa en la posesión, presión alta y transiciones rápidas. Cada jugadora tiene una función específica dentro de la estructura. Las posiciones no son sugerencias. Son obligaciones. Si el sistema pide que te muevas por una determinada zona, debes hacerlo. ¿Está claro? —pregunta mientras nos entregan a cada una un chaleco de rastreo GPS para medir los datos en el entrenamiento.

Todas asienten con la cabeza.

—¡Guerrero! —dice de pronto, llamando mi atención—. Tu posición de partida será la de media punta. Recibirás una carpeta con las principales jugadas esta tarde. Es totalmente confidencial. Tu función será conectar con Vance en la delantera, pero de manera ordenada, no como lo hacéis en la selección cuando jugáis juntas. Tengo un plan de integración específico para ti. Las sesiones de vídeo individuales serán los martes y jueves por la tarde —agrega.

—¿Sesiones de vídeo individuales?

—Todas las jugadoras nuevas tienen dos sesiones a la semana, el resto una. Quiero asegurarme de que entiendes el sistema antes de jugarlo.

Asiento. Diana Creed comienza a pasar diapositivas en la pantalla que muestran formaciones, líneas de pase y zonas de presión. Todo demasiado preciso. Todo milimétrico. Cada flecha tiene un propósito, cada número tiene un significado, cada jugadora es un engranaje dentro de una máquina perfectamente engrasada.

Pero yo miro los esquemas y pienso que no hay sitio para lo que hago. No hay lugar para las fintas improvisadas, para los pases que invento sobre la marcha. Aquí, todas las jugadoras tienen un

talento enorme. En mi anterior equipo dependíamos más de las individualidades.

Al terminar la reunión, estoy a punto de ponerme a llorar de desesperación. Saco el móvil. Marco el número de mi madre.

—¿Cómo es? —pregunta sin molestarse en saludar.

—No voy a encajar aquí —respondo con un hilo de voz.

CAPÍTULO 4

Hades

Guerrero se sale de la posición que le he asignado por cuarta vez en diez minutos y empiezo a estar muy desesperada con ella.

Me repito a mí misma que es solamente el primer entrenamiento de la pretemporada y que viene de un sistema muy diferente en el que tenía libertad completa de movimientos, pero las miradas de las demás jugadoras cada vez que ocurre no ayudan en absoluto.

He planificado la sesión al milímetro. Todo medido. Todo cronometrado. Todo bajo control.

Excepto ella.

En el ejercicio de posesión, recibe el balón en la posición correcta. Bien. Lo toca, lo controla con facilidad, tiene una técnica excelente, mira las opciones de pase. Bien. Y entonces abandona la zona que le he asignado, se mueve quince metros hacia la izquierda, se cuela por un hueco que han dejado las defensas y lanza un pase de treinta metros que deja a Iris Vance sola delante de la portera.

Vance marca, en esas posiciones no perdona nunca. El grupo lo celebra. Y Mireya Guerrero se gira hacia mí con una expresión que dice: ¿ves?

Sí, veo. Veo un pase brillante que hoy ha funcionado, pero quizá en la final de los Playoffs no lo haga. Y veo un hueco en la línea de presión. Ha sido un error de las defensas más que un acierto suyo. En un partido real, contra un equipo que no cometa ese fallo y con un buen contraataque, esa jugada podría ser un gol en contra.

—¡Guerrero, ven aquí! —chillo.

Se detiene. Medio campo de distancia entre nosotras y ya siento las miradas del resto del equipo girar hacia mí, a continuación, hacia ella, luego de nuevo hacia mí como si fuese un partido de tenis.

—Tu posición de partida estaba aquí —le recuerdo, señalando la zona en mi tablet en cuanto se coloca a mi lado—. En cambio, te has movido aquí. Te has quedado quince metros fuera del sistema que habíamos marcado. Si la defensa rival recupera ese balón, nos pillan en la transición defensiva y tenemos un dos contra una en el centro del campo.

Guerrero se pasa la mano por la frente para limpiarse el sudor y me sostiene la mirada durante demasiado tiempo. Veo en ella la misma furia contenida que en la rueda de prensa, pero en persona es peor.

—Vance ha marcado, ¿no? —replica.

—Vance ha marcado porque es el primer entrenamiento de la pretemporada y las defensas estaban mal colocadas. En un partido real, tu pase no llega porque la línea de presión te cierra antes.

—En un partido real, yo habría visto la línea de presión y habría elegido la misma opción porque el hueco estaba ahí o, si no

existía ese hueco, adaptaría la jugada.

—El hueco estaba ahí porque es el primer entrenamiento.

—El hueco estaba ahí porque hay un fallo en el sistema —murmura.

Todo se queda en silencio. Se puede escuchar el riego automático del campo tres encendiéndose. El ladrido de un perro en la lejanía. Los latidos de mi orgullo herido.

En mi pizarra, la flecha de Guerrero acaba de salirse otra vez del diagrama que había preparado. Y lo peor es que ha funcionado todas las veces que lo ha hecho.

—¡Vuelve a tu posición! —ordeno—. Y la próxima vez que tengas una idea brillante, ejecútala dentro del sistema, no por tu cuenta. Somos un equipo.

Se gira sin responder, claramente enfadada. La coleta le golpea el hombro izquierdo, pero regresa al grupo sin decir nada y el entrenamiento continúa.

Zoe Méndez se acerca a mí al finalizar el entrenamiento, mientras las jugadoras se van a las duchas. Camina despacio, con la botella de agua en la mano, y se coloca a mi lado sin prisa.

—Las jugadoras están un poco preocupadas —dice bajando la voz, manteniendo la vista en el campo en vez de mirarme a mí—. Algunas no entienden por qué has forzado un fichaje que nadie pidió y que claramente no encaja en nuestro sistema de juego. Nika lleva un año entrenando como una bestia para conseguir ese puesto y ahora está muy enfadada. Algunas de las jugadoras más jóvenes la

apoyan. Creo que deberías saberlo. Piensa que le están robando el puesto.

—Nadie le está robando nada. Los puestos se ganan, es lo que tiene jugar en un equipo grande —le recuerdo.

—Lo sé. Y tú lo sabes. Pero Nika necesita escucharlo de ti, no deducirlo por ella misma —responde, alzando las cejas.

A continuación, da un largo trago a su botella de agua y se va. Llevamos siete años trabajando juntas y conoce mis defectos mejor que yo misma. Siempre me dice las cosas claras, pone los posibles problemas sobre la mesa y espera a que los soluciones. Es una capitana excelente.

Miro hacia el otro extremo del campo y Nika Wallace se ha quedado a tirar faltas por su cuenta. Antes de la lesión de rodilla que terminó con mi carrera, yo era ese tipo de jugadora. Más dura que nadie. Más cabezota que nadie. La que entrenaba más horas y soportaba más dolor. La que pensaba que nunca era suficiente.

***

Esa misma tarde, cuando el calor afloja y la luz comienza a volverse naranja, me llevo a Mireya Guerrero al campo auxiliar.

—¿Sesión de vídeo? —pregunta confusa.

—Sesión táctica. En el campo —corrijo.

—Pensaba que siempre hacías las sesiones con pantalla.

—Lo que voy a enseñarte no se aprende con una pantalla —le respondo, dejando la tablet en el banquillo—. Necesito que lo sientas.

Me mira extrañada, cruzando los brazos sobre el pecho y levantando una ceja.

—La rotación defensiva de nuestro sistema requiere un giro de cadera mucho más rápido. La mayoría de las delanteras tardan demasiado en ejecutarlo porque giran sobre el pie equivocado y eso es lo que te está pasando a ti. Es algo natural, porque lo aprendiste desde niña y nadie te lo ha corregido, son pequeños detalles que ocurren a menudo, incluso en jugadoras de alto nivel como tú. Es un problema de perfil corporal. Giras sobre el izquierdo, que es tu pie fuerte, pero en nuestro sistema necesito que gires sobre el derecho para ganar medio segundo en la transición. Colócate aquí. De espaldas a la portería. Pies a la altura de las caderas.

Obedece y se coloca de espaldas a mí. Tiene los hombros anchos para su estatura, la camiseta de entrenamiento pegada al cuerpo por el sudor.

Me acerco y me pego a ella para mostrarle el giro que quiero que haga.

Quizá me pego demasiado. Me doy cuenta mientras lo hago, cuando coloco la palma de mi mano derecha en su cadera y la otra mano en la parte baja de su espalda y siento el calor de su piel atravesando la tela empapada de sudor.

Trato de recordarme a mí misma que es solamente un ajuste en su postura, algo que he hecho con otras cien jugadoras a lo largo de mi carrera como entrenadora. Se trata solo de corregir la inclinación del tronco, guiar la dirección de la cadera en el giro, asegurar que el peso del cuerpo se transfiere al pie correcto. Es

biomecánica. Es técnica. Es tan solo mi trabajo… pero mi corazón late demasiado rápido.

—Vas a girar sobre el pie derecho —digo junto a su oído—. Empuja la cadera contra mi mano y gira. Rápido. Sin pensar.

Su cuerpo se tensa bajo mis manos. Gira en un movimiento brusco, con el peso mal repartido. Se tambalea y mi mano en su espalda la estabiliza. Ahora estamos más cerca. Su hombro rozando mi clavícula. Si girase la cabeza, nuestros labios estarían a centímetros.

No sé por qué pienso en eso.

Ninguna de las dos se mueve, no hablamos, y, aunque no puedo saber lo que siente, mi respiración ha dejado de ser normal. De pronto, las flechas de mis esquemas tácticos se desdibujan, las líneas de pase que tenía planeadas desaparecen. Solo queda la presión de su cuerpo contra mis manos y el calor del sol de Florida sobre nosotras en un campo vacío.

—Vamos a repetirlo —consigo decir, separándome medio paso y tratando de mantener la compostura—. Más rápido ahora.

Repite el giro. Mejor esta vez. Mucho más limpio. Aprende muy rápido y tiene una coordinación excelente, pero cuando se detiene, su respiración sale también entrecortada y no creo que sea por el esfuerzo.

—Otra vez.

Hacemos cinco repeticiones. En cada una de ellas, mis manos regresan a su cadera y a la parte baja de su espalda para corregir la postura. En cada una, el contacto dura un par de segundos más de

lo necesario. En cada una, mi cerebro repite que es un ejercicio normal y corriente, aunque sienta un cosquilleo en la parte baja de mi vientre en el que prefiero no pensar.

—Es suficiente por hoy —anuncio al fin, más por lo que estoy sintiendo y no debería sentir que porque lo haga perfecto.

Mireya se aleja unos pasos, coge su botella de agua del banquillo y bebe durante mucho tiempo. No me mira. Yo tampoco la miro a ella, trato de mantener los ojos en cualquier otro lugar. Recojo la tablet y finjo leer algo en la pantalla.

—A las nueve tenemos sesión de vídeo —le recuerdo—. Sala tres del edificio principal.

Se va caminando hacia el vestuario sin mirar atrás, con la coleta balanceándose de lado a lado.

Yo me siento en el banquillo y trato de entender lo que acaba de ocurrir. Han encendido los aspersores en el campo de al lado y el sonido del agua contra el césped es lo único que se escucha.

Y empiezo a pensar que traer a Mireya Guerrero al equipo ha sido un grave error y no porque no encaje en el sistema.

***

A las nueve en punto llega a la sala de vídeo. Con el pelo mojado y una camiseta blanca. Se sienta en la silla frente a mí, con la mesa de por medio. Bien. Distancia. La distancia es buena. Es justo lo que necesito en estos momentos.

Abro el primer vídeo, he elegido un partido de las Emeralds de la temporada pasada y le muestro cómo funciona el sistema de presión alta que utilizamos, cómo cada jugadora se mueve en

relación con las demás, cómo el engranaje depende de que cada pieza del equipo esté en su sitio exacto.

Mireya escucha y asiente. Toma notas en el margen de un folio que ha traído y empieza a hacer preguntas.

—¿Por qué Iris arranca desde la banda en vez del centro? —dice señalando la pantalla.

—Porque es muy rápida y desde ahí nos da ventaja.

—¿Y si la central lee la diagonal?

—Entonces Vance tiene la opción de cortar hacia dentro, donde Jade Herrera cubre el espacio.

—Pero si Jade cubre ese espacio, deja un hueco detrás de ella. ¿Quién lo cubre?

Suspiro. Es una pregunta inteligente. Rebobino y ahí está: un hueco de tres metros entre Herrera y la línea defensiva que aparece durante aproximadamente dos segundos cada vez que eso ocurre. Lo ha visto a la primera.

—Ese hueco existe durante apenas dos segundos, la probabilidad de que un rival lo explote en tiempo real es muy baja.

—Muy baja no es cero —replica.

—¿Has analizado nuestros partidos o lo acabas de ver? —pregunto confusa.

—He analizado todos vuestros partidos de la temporada pasada. Quería estar bien preparada antes de venir —confiesa con un guiño de ojo que consigue que mi corazón se salte un par de latidos.

No puedo evitarlo. Se me escapa una sonrisa. Una auténtica, no de las pocas que finjo durante los entrenamientos o en las reuniones con Drummond y Mireya me mira con curiosidad.

Pero la curiosidad es peor que el enfado que tenía esta mañana.

CAPÍTULO 5

Mireya

Llevamos dos semanas en Florida y mi cuerpo apenas recuerda lo que es no sudar.

Se nos ha estropeado el aire acondicionado en el hotel, así que mientras lo arreglan, ya me despierto sudando. Me ducho tres veces al día y creo que mi piel ha olvidado que existen temperaturas por debajo de los treinta grados.

Pero lo peor no es el calor, son las sesiones dobles de Hades, que parece que nos está entrenando para correr una ultra maratón en vez de para jugar un partido de fútbol.

Nos entrena como si estuviese preparando la invasión militar a algún país pequeño. Sesión de dos horas a muerte por las mañanas, incluyendo táctica, posesión, transiciones. Descanso para comer. Pequeña siesta y sesión vespertina con otras dos horas de físico. Y por la noche, para las que somos nuevas, sesiones de vídeo individuales que se alargan hasta las tantas.

Mis piernas llevan varios días protestando a pesar de los continuos esfuerzos de la fisio del equipo. La parte buena es que yo misma siento que estoy mejorando. Lo noto en los ejercicios, en los giros defensivos que Hades me enseñó en la primera sesión táctica,

que ya salen mucho más limpios, en el modo en que me complemento con Iris o cómo encuentro los pases de Zoe. Mi cuerpo está aprendiendo un idioma nuevo. Todavía tartamudeo, pero ya entiendo casi todas las frases.

Como en todos los equipos, el vestuario tiene sus alianzas y grupos de poder que empiezo a descifrar. Zoe e Iris Vance son el centro de gravedad. Cuando una de las dos habla, las demás escuchan. Jade Herrera es un satélite silencioso que lo observa todo y no opina hasta que se lo piden, pero todas la escuchan. Lucía, la defensa española, llega la primera a los entrenamientos y siempre tiene una palabra de ánimo para todas. Es la que cuida a las demás. Tina es la alegría. Me ha preguntado un montón de veces si quiero ser su compañera en los ejercicios de gimnasio y siempre le digo que sí.

Pero Nika Wallace continúa al fondo, entrenando más que nadie, mirándome con algo que ya no es solo competencia.

—¡Guerrero! Deja el móvil y ven a comer —grita Tina, asomando la cabeza por la puerta de mi habitación—. Iris ha conseguido una mesa con sombra y si no bajamos ya nos quedaremos sin zumo de naranja.

Le hago un gesto con la mano y guardo el teléfono. Mi madre me ha enviado tres mensajes esta mañana. El primero, un resultado de Aura Valley en pretemporada. Un empate, lo cual es un milagro. El segundo, una foto del campo recién pintado con el dinero del rescate. En el tercero me pregunta si estoy comiendo bien. Desde que tengo uso de razón, nunca ha sido capaz de separar el fútbol de la maternidad.

La mesa con sombra está junto a la piscina del hotel. Iris, Zoe, Tessa y el pequeño Wes ya se han instalado. Wesley tiene la cara pringada de algo anaranjado que puede ser zumo de melocotón o protector solar, no estoy muy segura. Lleva la camiseta de las Emeralds por fuera del pantalón, las zapatillas de luces desatadas y un trozo de pan en cada mano.

—¡Meya! —grita al verme, levantando los dos brazos con los trozos de pan como si fuesen banderas.

—Tienes que olerle la cabeza —insiste Iris—. Si le hueles el pelo a Wesley, te cambia el día. Da buena suerte. Es un hecho científico. Tessa, tú eres médica, confirma.

Tessa levanta las cejas y deja escapar un largo soplido.

—No voy a confirmar esas tonterías —bufa.

—Vale, puede que no sea un hecho científico. A ver, Guerrero, ¿tú qué opinas? ¿Huele o no huele bien este crío?

Wesley me mira desde su trona y pestañea, así que me acerco a su cabeza y la verdad es que Iris no se equivoca del todo. El pelo del niño huele muy bien.

—Vale. Tienes razón —admito.

—¡LO SABÍA! —chilla Iris, dando un golpe en la mesa que hace temblar todos los vasos—. El jefe y yo estamos encantados de que nos des la razón.

Wesley decide no prestar atención y se inclina para hundir la cara en la camiseta de Zoe. No sé por qué, pero pienso en mi padre. En las fotos de cuando yo era pequeña, sentada en su regazo mientras él veía los partidos de fútbol por la tele.

Iris le pregunta a Tessa algo sobre si comer brócoli de niño puede causar un trauma, pero apenas la escucho.

***

La segunda sesión táctica individual con Hades es a las cinco de la tarde, cuando el sol comienza a perder fuerza, pero el aire de Florida sigue siendo espeso y caliente.

Esta vez, quiere enseñarme un desmarque de ruptura para recibir los pases de Zoe y Jade desde el medio del campo. Y para enseñármelo, decide demostrarlo ella misma.

Y, joder, se mantiene en muy buena forma.

—El desmarque lo inicias con un amago hacia dentro —explica—. Tú finges que vas hacia el centro y en el momento en que la defensa se lo traga, giras y aceleras en diagonal. ¿Lo has visto?

Lo intento. Mi amago es bueno, pero la aceleración llega tarde y Diana me para.

—Estás pensando demasiado. El giro tiene que salir del cuerpo, no de la cabeza. Vamos a hacerlo juntas. Yo hago de defensa. Tú ejecutas el desmarque contra mí.

Se coloca delante de mí, de frente, a medio metro. Sus ojos permanecen fijos en mis caderas, porque es lo primero que se mueve en un cambio de dirección y cualquier defensa con experiencia lo sabe.

—Cuando quieras —dice.

Finto. Giro. Acelero. Ella reacciona tarde porque mi amago ha sido bueno y cuando intenta ajustar, nuestros cuerpos chocan y se sujeta a mi hombro para no perder el equilibrio.

Nos quedamos así. Muy quietas y muy cerca.

Desde la terraza del hotel, Tessa llama a Wes y nos devuelve a las dos a la realidad.

Diana retira la mano, aunque sus ojos continúan clavados en los míos.

—Lo has hecho muy bien —me asegura—. Repítelo cinco veces más y nos vamos con el resto del equipo.

Lo repito. Esta vez sin contacto, cosa que agradezco porque me había puesto un poco nerviosa. Diana me observa a una distancia de unos tres metros, con los brazos cruzados.

A las seis hacemos un partidillo. Realizo el desmarque que acabo de aprender y el pase de Jade a la frontal del área llega casi por arte de magia, como si supiese que iba a estar allí. Controlo la bola, me deshago de Lucía con un recorte seco y chuto cruzado con el interior del pie derecho. El balón se cuela junto al poste corto.

Iris me salta encima, literalmente, se cuelga de mi espalda como un koala. Tina me agarra del brazo. Lucía levanta el puño desde la defensa. Jade asiente y sonríe.

Y entonces, sin pensarlo, porque todavía me estoy riendo con Iris a cuestas, me giro y abrazo a la primera persona que tengo delante.

Hades.

Todo el equipo se queda de pronto en silencio y yo parezco una idiota abrazada a mi entrenadora.

Se queda rígida y a continuación se aparta como si mi cuerpo quemase.

—Buen desmarque —dice sin más, alejándose de mí.

—Buah, es la primera vez que veo a alguien abrazar a Hades, pensé que ibas a combustionar en cualquier momento —bromea Iris, meneando la mano.

Esa noche, en la sesión individual de vídeo, Diana Creed me muestra algo que no esperaba.

—Esa es Suzu Tsukishima, seguro que la recuerdas —dice, mostrando un vídeo—. La fichamos hace cuatro años, era la estrella de la liga japonesa. Centrocampista ofensiva, una de las jugadoras más creativas de su generación. La metí en el sistema. Le pedí que jugase donde yo le decía, cuando yo le decía, como yo le decía. En seis meses dejó de hacer regates. En ocho meses dejó de ver pases que antes le salían solos. A final de temporada pidió el traspaso para regresar a Japón.

Hace una larga pausa y pone el siguiente vídeo.

—Renata Costa. Lo mismo. Natalie Wells. Lo mismo. Tres jugadoras de un talento excepcional que se marchitaron en mi sistema porque no se adaptaron.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto confusa.

—Porque no quiero que seas la siguiente.

Nos quedamos en silencio, la pantalla muestra un fotograma de Suzu Tsukishima celebrando un gol en su primer partido con las Emeralds, antes de que el sistema le apagase la chispa.

—Entonces, ¿reconoces que tu sistema tiene un problema? —pregunto, alzando las cejas.

—El sistema de juego es perfecto para jugadoras con talento que sigan las reglas.

—¿Iris?

—Iris Vance las sigue a medias, pero más o menos las sigue. Tú eres diferente, has jugado toda tu vida con una libertad de movimientos absoluta, pero esto no es un club pequeño como el Aura Valley. Para las que no se adaptan, el sistema se convierte en una jaula.

—¿Me estás diciendo que voy a fracasar en este equipo o que vas a intentar algo diferente conmigo?

Hades se recuesta en la silla y acaricia su mandíbula con el pulgar.

—Todavía no lo sé —admite—. Pero estoy trabajando en ello. Y creo que las sesiones de vídeo me están ayudando a ver cosas que no veía antes.

Es algo que no esperaba escuchar. Ha sido capaz de reconocer un error en su sistema, al menos, un punto débil. Y el mundo no ha ardido en llamas.

—Hemos terminado —dice de pronto, cerrando el ordenador y sacándome del trance.

CAPÍTULO 6

Hades

Wesley se ha dormido en mi regazo hace unos cinco minutos y ni siquiera sé cómo ha ocurrido.

Hace un rato estaba en brazos de Zoe, masticando pan con tomate. De pronto, se bajó, cruzó el comedor a la carrera y se plantó delante de mí con las manos pringosas y los labios manchados de algún tipo de salsa.

—Toy canzao —dijo sin más.

—Hala, pues túmbate con tu madre.

—Mi mamá tá hablando —replicó, negando con la cabeza y señalando hacia Zoe que estaba charlando con Tina.

—Pues con tu otra madre.

Wesley frunció el ceño. Examinó a Tessa, que estaba dos sillas más allá, terminando el postre. Desvió la mirada hacia Iris Vance, que le guiñó un ojo y dio varias palmadas en sus muslos para animarle a irse con ella, y a continuación, levantó los brazos.

—Ariba. ¿Potque tienez gafas?

Era la primera vez que me pedía que le cogiese en brazos y yo fui incapaz de decirle que no, a pesar de que Iris se dedicó a

llamar la atención de sus compañeras para que viesen lo que estaba ocurriendo e incluso me grabó con el móvil.

—Buah, jefe, qué peligro. No te subas en su regazo a ver si te va a salir un sarpullido —bromeó.

Y ahora tengo a un niño poniendo perdida mi camisa negra y al equipo entero haciendo un esfuerzo sobrehumano por no reírse en voz alta. Incluso Alexandra Drummond me mira desde el extremo opuesto de la mesa como si acabasen de llegar los marcianos.

La última cena de la pretemporada de Florida es una tradición del club desde antes de que yo llegase. De algún modo marca la línea entre "trabajamos duro, pero podemos cometer errores" a "ya no cometemos errores porque empieza la liga". Drummond y un par de miembros del Consejo han volado desde Seattle solo para estar aquí, porque les gusta que el equipo vea que los altos mandos pisan el terreno una vez por temporada.

Mireya Guerrero se ha sentado entre Tina y Lucía. Tina le habla demasiado rápido y ella sonríe. Se ha puesto una camisa blanca que hace resaltar su piel y debo controlarme para que no se me note que desvío la mirada en esa dirección.

Wesley suspira en mi brazo. Tiene un poco de crema solar en las orejas y un trozo de pan aplastado pegado al costado del pantalón.

—¿Quieres que te lo coja? —me pregunta Tessa bajando la voz.

Solamente niego con la cabeza. Hacía años que no tenía un crio en brazos y echo de menos a las gemelas.

—¡Eh, Drummond! —grita Iris desde la otra punta de la mesa, levantando su copa—. ¿Brindamos ya o me voy de fiesta?

Alexandra pone los ojos en blanco y por fin se levanta para hacer su discurso de final de pretemporada. Cuatro minutos. Cronometrado. Habla de disciplina, de resultados, de inversión, de expectativas. Todo muy corporativo. Algo muy parecido a lo que dice cada año, y aun así, cuando termina, todas aplauden, aunque Iris murmura algo que consigue que Tina y Mireya casi se ahoguen con sus copas de champán.

—Venga, jefa, te toca —insiste a continuación, girándose hacia mí—. Una frase. Venga. Por el final de la pretemporada. Algo bonito, en plan emocional y motivador. Una frase que podamos tatuarnos cuando ganemos la liga.

—Deja ya el champán, Iris —protesto.

Wesley se remueve en mi brazo y se aferra a mi camisa. Por suerte, Lucía enseña algo en su móvil y se olvidan de mí.

***

Tras la cena, me tumbo en una de las hamacas de la piscina. No sé por qué, es una costumbre que he adquirido desde el primer año que vinimos a hacer la pretemporada en Florida. A esta hora, todo está tranquilo, las farolas del jardín se apagaron hace un par de horas y las luces subacuáticas tiñen el agua de un color turquesa pálido precioso. No sé nada de plantas, pero cada vez que se levanta un poco de brisa, llega hasta mí un aroma dulce, casi azucarado.

Cierro los ojos y lo único que se escucha son los grillos y alguna rana de un estanque cercano.

Poco más tarde, escucho pasos.

Mireya aparece por el camino del jardín, descalza, con los zapatos en la mano. Se queda parada cuando me ve, posiblemente dudando si molesta.

—No me estoy escondiendo de nadie —le digo—. Puedes venir si quieres.

Se acerca despacio y deja los zapatos junto a la tumbona de al lado. A continuación, se sienta con las rodillas dobladas y los pies recogidos bajo los muslos.

No decimos nada durante un buen rato, solamente observamos el agua en silencio. Mireya se abraza las rodillas y apoya la barbilla encima. El reflejo turquesa del agua le sube por el lateral del cuello cada vez que respira hondo.

—¿Tú sabes qué es esa planta que huele tan bien? —pregunto al fin.

—Ni idea. Huele a gominola.

—Sí, a gominola —confirmo.

Ella solamente se encoge de hombros, sonríe y se queda de nuevo en silencio.

El móvil vibra en mi bolsillo y lo saco por costumbre.

Videollamada. Mi hija Sofía.

—Son las diez y veinte en Seattle —murmuro—. Normalmente te acuestas a las nueve y media.

—¿Pasa algo? —pregunta Mireya, bajando los pies al suelo.

—No. Son mis hijas —le explico.

—¿Quieres que me vaya?

—No, quédate.

No sé por qué se lo pido, pero la voz de Sofía me saca de mis pensamientos.

—Mamá. ¿Estás en Florida todavía?

—Todavía.

—Ponme la habitación.

—Estoy fuera, en la piscina.

—¿Te estás bañando a estas horas?

—No, estoy hablando con una amiga.

Lauren, mi ex, se asoma por detrás y saluda con la mano.

—Nora quiere enseñarte a Pickle.

La cámara se agita y aparece Nora detrás del hombro de su hermana gemela, el pelo en un moño alto y una camiseta gris de dormir.

—¡Hola, mamá!

—Hola, Nor.

Y por fin veo a Pickle. Es pequeño, marrón, y feo. Pero si a las niñas les gusta, supongo que está bien.

—Mira qué orejitas —dice Nora.

Le miro las orejitas y no le digo que son feas.

—Son muy pequeñas —digo—. Tienes que cuidarle bien, no le cojas de los pies ni de la cola.

—Los cobayas no tienen cola, mamá —me corrige, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuándo vienes a casa? —pregunta su hermana.

Me doy cuenta de que Mireya está mirando el agua, tratando de no invadir.

—Mamá, te echamos de menos. Mucho. Mucho, mucho.

—Y yo a vosotras. Mucho, mucho.

Se ríen las dos. Hasta Lauren al fondo deja escapar una sonrisa.

—¿Esa a la que se le ven las piernas es tu amiga?

—Hola. Soy Mireya —saluda, sentándose a mi lado.

—¡Ah! —grita Nora antes de que Sofía abra la boca—. ¡La del Aura Valley!

—Esa misma.

—¡Eres nuestra jugadora favorita!

—¿En serio? —pregunta sorprendida—. Bueno, pues muchas gracias.

Pronto, Lauren las envía a la cama y, tras despedirme de ellas, me quedo con una sonrisa tonta en la boca.

Las echo de menos. Mucho. Mucho, mucho, como dice Sofía.

—Llevo dos semanas y cuatro días sin verlas —digo al fin, tratando de que no se me escape una lágrima.

—Tiene que ser muy duro —asiente, acariciando mi espalda muy lentamente.

—Es mejor que suba a mi habitación, es tarde —murmuro, no porque tenga ninguna gana, sino porque en estos momentos estoy demasiado sensible y no quiero acabar haciendo algo de lo que luego me voy a arrepentir.

Nos levantamos, Mireya recoge los zapatos. Yo recojo el móvil y caminamos juntas hasta la puerta del jardín, bordeando la piscina. En el vestíbulo del hotel no hay nadie. Un ascensor vacío nos espera con las puertas abiertas.

Ella se baja en la tercera planta, yo en la cuarta.

Cuando entro en mi habitación, no enciendo la luz ni abro el portátil. Tampoco reviso la planificación del día siguiente. Me quito la ropa, me tumbo en la cama desnuda y trato de no pensar en sus caricias en mi espalda.

Mañana volamos a Seattle.

Más de cuatro mil kilómetros de distancia profesional entre lo que he sentido esta noche y lo que no debo sentir el resto de la temporada.

Pero hoy, Mireya Guerrero se niega a salir de mi cabeza.

CAPÍTULO 7

Mireya

—Buah, ¿qué coño haces levantada a estas horas? Sabes que son las 6:40, ¿verdad? —escucho de pronto.

—Hades quiere hablar conmigo antes de salir hacia el aeropuerto. Supongo que para ella esto es algo normal —digo, encogiéndome de hombros—. ¿Tú vienes de fiesta?

—Eh, eh, que es la última noche en Florida. No hago daño a nadie, acabo de hablar con mi novia —se disculpa, todavía con una lata de cerveza en la mano mientras se sienta a mi lado en las escaleras de la entrada del hotel.

Sin querer, se me escapa la mirada hacia la piscina y vuelvo a sentir el mismo cosquilleo en la parte baja del vientre de ayer mientras acariciaba su espalda. Anoche, mientras confesaba que echaba de menos a sus hijas, vi a una Diana totalmente humana, vulnerable. Una versión que me gusta mucho más que la que veo a diario en los entrenamientos.

—Siempre quise tener un gato, pero mi novia es alérgica —suelta de pronto sin venir a cuento.

—¿Por qué me cuentas eso?

—No lo sé, pero conozco esa cara, ahora mismo quieres tirarte del pelo o gritar contra una almohada, ¿verdad? A mí me pasaba lo mismo el año pasado con mi guardaespaldas. Y luego, ya ves, resultó ser el amor de mi vida —admite, dando un trago largo a su cerveza—. Pero eso es otra historia. Buah, una historia muy larga, la verdad. ¿Quieres que te la cuente?

—En otro momento, Iris —suspiro.

—Mejor, porque tengo que darme una ducha antes de que Hades me vea así. Aunque es una historia buena, ¿eh? Tiene de todo. Acosadores, guardaespaldas disfrazadas de novias, Wesley haciendo dibujos. Deberían hacer una película.

Me quedo mirándola. Habla y habla, sabe que me pasa algo. No me pide explicaciones, solo me demuestra que está aquí, a mi lado, y que si necesito algo, puedo contar con ella. Lo hace a su modo, pero es efectivo.

—Iris, ¿cómo lo supiste? —pregunto al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Que Paula era… ya sabes. Que era algo más.

Iris bebe un nuevo trago y se queda pensativa. Es raro verla pensar antes de hablar. Es casi perturbador.

—Hubo una noche —dice, bajando la voz—. Wesley tenía fiebre. Zoe y Tessa estaban a cincuenta kilómetros de distancia y me llamaron para que me quedase con él. Por aquel entonces, Paula y yo estábamos en una situación muy rara, joder, pero muy rara, ¿eh? No te voy a dar detalles porque perderíamos el avión, pero bueno,

ella me llevaba en coche a todas partes y apenas hablábamos. Me dejó en casa de Zoe y le dije que se fuese.

—¿Y?

—Y se quedó ahí.

—¿Ahí?

—En el puto aparcamiento. Toda la noche, vigilando la puerta de entrada. Eso me hizo pensar. Bueno, y puede que cuidar a Wes me dejase el corazón muy blandito. Fue ahí cuando lo supe de verdad. No fue lo que dijo, sino lo que hizo.

—¿Y ahora?

—Ahora vivimos juntas y estamos pensando en tener niños. Sigue poniendo cara de póker, comprobando los accesos o asustando a cualquiera que se me acerque demasiado. Bueno, ahora sí me voy. Nos vemos dentro de un par de horas en el bus.

—Eh, Iris. Gracias.

—¿Por qué?

—Por darte cuenta de que me pasa algo y aun así no insistir.

Se encoge de hombros y se termina la cerveza de un trago. Aplasta la lata con una mano y la deja en el escalón a mi lado sin tirarla.

—Las cosas importantes no se preguntan, Guerrero. Se ven. Y yo tengo muy buena vista, aunque le diga a Hades que necesito gafas para ver las instrucciones de la pizarra. Eso es mentira, lo hago solo para tocarle las narices. Sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta. Pase lo que pase, recuerda que en este equipo nos cuidamos. Eso es lo único que importa. Lo demás se

arregla —añade, pegándome una fuerte palmada en el hombro antes de entrar en el hotel.

***

Llega la hora de la reunión con Hades y la cafetería todavía está cerrada, con las sillas apiladas bocabajo sobre las mesas, pero las puertas de cristal que dan al jardín siguen abiertas. Al otro extremo, en una mesa de madera medio escondida entre los setos, la veo sentada con una taza entre las manos. Se ha puesto unos vaqueros oscuros, una camiseta gris lisa y unas chanclas que ha dejado tiradas al lado de sus pies descalzos. Esta mañana no hay tablet ni portátil, ni la equipación oficial del equipo.

Es la primera vez que la veo vestida de calle, como una persona cualquiera.

—Te he traído café —anuncia a modo de saludo mientras desliza una taza sobre la mesa. Solo y sin azúcar.

—¿Sabes cómo me gusta?

—Te veo pedir uno cada mañana —responde como si fuese la cosa más natural del mundo.

Bebemos un par de sorbos sin hablar.

El cielo ya no es negro. Se ha pintado de gris violeta por el lado de las palmeras, y de rosa pálido por el otro. Hay un pájaro en un árbol que no logro identificar.

—Te parecerá raro que te haya pedido venir a estas horas, pero tenía que aclarar unas cosas contigo antes de marchar. Es muy importante. Anoche… quizá tú ni te diste cuenta, pero no estuvo

bien por mi parte y prefiero ser muy sincera contigo —confiesa y me deja temblando.

—Diana, yo...

—Espera. En unas horas subiremos al avión. Yo me sentaré a seis filas de distancia. Te saludaré como a cualquier otra jugadora de la plantilla. En los entrenamientos te corregiré igual que a las demás. Cuando me pregunten los periodistas en la rueda de prensa del martes diré que eres una incorporación muy importante para el sistema. Y durante toda la temporada voy a fingir que anoche no sentí nada mientras me acariciabas la espalda, porque no debería haber sentido nada.

—Diana.

—Déjame acabar. Voy a hacerlo porque tengo dos hijas en Seattle, una exmujer con la que todavía me hablo varias veces a la semana, y un club que me paga un buen sueldo por tomar decisiones profesionales. Y tú eres la jugadora que yo misma fiché hace tres semanas para ganar la liga. Y no sé si tú sentiste algo o no, pero prefiero ser muy honesta contigo desde el principio. Yo sí lo sentí y está mal. No voy a cruzar esa línea. Ni loca voy a cruzar esa línea —insiste.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, vale.

Asiente. Mira el café.

—Solo quería que lo supieras antes de subir al avión.

—Yo también quería que supieras una cosa.

—¿El qué?

—Que lo de anoche no solo lo sentiste tú. Es más, si no te llegas a levantar, no sé lo que hubiese pasado porque estaba temblando. Y sé que es una situación de mierda porque tú eres mi entrenadora y hay cosas que no se pueden mezclar, pero, no sé, estoy hecha un lío, no he podido pegar ojo en toda la noche —confieso—. Casi agradezco que me hayas hecho madrugar.

—Mireya, no me mires la boca.

La frase sale de sus labios como una advertencia y una súplica a partes iguales y siento cómo se me acelera el pulso. Diana está a medio metro de distancia, la primera vez que la veo nerviosa, su pecho subiendo y bajando con cada respiración. Su mirada oscila entre mis ojos y mi labio inferior y sé que ella también lo siente. Y, joder, a este paso voy a tener que cambiarme de ropa interior.

—Sigues mirándome la boca —suspira.

—Ya lo sé —confieso con la respiración entrecortada.

Quiero añadir algo más, una disculpa, una explicación, pero he perdido el control por completo. Ahora mismo no me importan los protocolos del club, o de la liga, ni siquiera sé si los hay, nunca me planteé sentir algo por una entrenadora. Y, en cambio, aquí estoy, derretida por una mujer que me dice que no le mire la boca mientras a ella se le escapa la mirada hacia mis pezones.

—A la mierda —murmuro, negando con la cabeza mientras me acerco.

Mantengo los ojos abiertos. Veo las pecas que tiene en el puente de la nariz, que nunca había notado hasta ahora. Noto el

temblor casi imperceptible de su párpado inferior y cómo sus labios se entreabren un poquito, lo justo para dejar escapar un suspiro que roza mi barbilla un segundo antes de que sus ojos se cierren y nuestros labios se encuentren.

No son como los había imaginado.

Anoche, sin poder dormir, me acaricié pensando en ella. No pude evitarlo. Había imaginado unos labios firmes, seguros, los de una mujer que dirige con mano de hierro un equipo en la élite. Pero son suaves y cálidos. Saben a café. La punta de su lengua busca la mía despacio, como si quisiese recordar cada sensación.

Sin pensarlo, coloco la mano en su cintura y levanto ligeramente la camiseta para acariciar su piel. Deja escapar un largo suspiro contra mi boca y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que el resto del equipo puede escucharlo desde sus habitaciones.

Profundizamos el beso y por un instante, las dos nos olvidamos de que tenemos pulmones. No existe nada a nuestro alrededor, solo los ligeros gemidos que deja escapar mientras muerdo su labio inferior.

Cuando nos separamos, no es de golpe. Es un poco de cada vez, como si cada pequeña distancia nos doliese. Nos miramos la una a la otra, los ojos muy abiertos, las respiraciones aceleradas.

—Mierda —susurra.

—Sí, mierda —confirmo, llevándome una mano a la boca.

No hay disculpas, sería mentir. El beso sigue en nuestros labios y dudo que pueda borrarse de nuestras mentes.

—En dos horas sale el autobús hacia el aeropuerto. No te dejes nada en la habitación —dice, levantándose de golpe y alejándose de mí.

Se va descalza, con las chanclas en la mano, y no se gira en ningún momento. La última imagen que me queda de ella mientras entra en el hotel es la camiseta ligeramente levantada, enseñando un trozo de piel justo por el lado por el que colé mi mano al besarnos.

***

Una hora y media más tarde me uno al resto del equipo en el vestíbulo del hotel. Iris me mira como si sospechase algo, o quizá es solo que está de resaca. Es difícil saberlo.

Diana me saluda con un rápido movimiento de cabeza, igual que al resto de jugadoras de su plantilla. Yo la saludo del mismo modo como si no hubiese ocurrido nada hace un rato. Las dos mentimos perfectamente, aunque duela como si me clavasen un puñal.

Autobús. Aeropuerto. Facturación. Embarque.

Subo al avión con la bolsa de mano y las gafas de sol por si se me escapa alguna lágrima. El nudo en mi estómago no se parece a nada que haya sentido antes. Me siento en la fila 14, le cambio la ventanilla a Tina porque necesito algo contra lo que apoyar la cabeza y fingir que duermo. Seis filas entre nosotras.

Me pongo los cascos y cierro los ojos. No quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie. Intento escuchar música y no me calmo, pongo un podcast y ni siquiera escucho lo que dicen. Es como si

alguien con muy mala leche hubiese puesto una losa sobre mi pecho.

Seattle nos recibe con lluvia fina, quince grados y una temporada entera por delante. Y entre ella y yo, seis filas de distancia y un beso en una mesa escondida entre los setos junto a la piscina al amanecer. Un beso que nunca debió ocurrir. Un beso que me está consumiendo y que no podré olvidar por mucho que lo intente. Porque fingir que nunca hemos cruzado esa línea, duele más de lo que puedo expresar con palabras.

CAPÍTULO 8

Hades

Al llegar a casa, me encuentro un táper en la nevera con comida que no me esperaba.

De cristal, con la tapa azul. Lleno de pasta con tomate hasta la mitad y sobre él, una nota.

"Para que comas algo. Lauren."

La caligrafía de mi exmujer sigue siendo la misma que cuando tenía veinticinco años. Más apretada de la cuenta, con los puntos sobre las íes muy pequeñitos. No sé por qué empecé a fijarme en ella muy tarde, cuando ya nos habíamos divorciado y todo lo que nos escribíamos eran detalles logísticos. "Recojo a Sofi a las seis". "Nora ha vomitado en el coche". "¿Llevas tú a las niñas al pediatra?"

Pero esta nota no es logística. Supongo que los viejos hábitos no se divorcian al mismo tiempo que las personas.

Yo: Gracias por la pasta.

Los tres puntos aparecen al cabo de un minuto. Desaparecen y aparecen de nuevo.

Lauren: Nada.

Ahí sí está el divorcio entero. Una palabra donde hace años habría escrito un montón de ellas.

***

El día siguiente, a las siete de la tarde, llamo al timbre de la casa que compramos para criar a las niñas y a la que nunca me llegué a mudar. El porche necesita una mano de pintura, ya se lo he dicho varias veces. Nora ha dejado la bicicleta apoyada contra la barandilla con la rueda pinchada. Seguramente lleva ahí desde que me marché a Florida.

Mi hija Sofía me abre con el pelo todavía mojado de la ducha y un pijama de unicornios.

Se me lanza al cuello como cuando era más pequeña y juraría que pesa más que hace tres semanas. Se queja cuando la aprieto contra mi cuerpo, dice que la voy a romper. Joder, las he echado tanto de menos.

Detrás aparece Nora, con unos calcetines subidos hasta las rodillas y una camiseta del Aura Valley que no había visto en mi vida.

—¿Y esa camiseta?

—Me la compró mami por internet.

—¿Y eso?

—Porque sí. No sé, creo que es de la jugadora esa nueva que has fichado —responde Lauren, que nunca ha sido muy aficionada al fútbol—. La cena está casi lista.

Me siento en el salón y las niñas insisten en enseñarme a Pickle. Nora se queja de que no hace casi nada, solo dormir y comer. Yo nunca les había dejado tener una mascota. A continuación, se va corriendo y trae una libreta. Ha hecho un dibujo para el colegio, el título pone "MI FAMILIA" en mayúsculas. Aparecemos nosotras

cuatro y la cobaya. Yo con un silbato colgando del cuello. La cobaya ocupa gran parte de la hoja. Lauren nos mira desde la cocina y sonríe.

Cenamos lasaña, a las gemelas les encanta. Lauren siempre le pone demasiada bechamel. Antes discutíamos sobre eso, pero ya no tiene importancia.

Las niñas me hablan sobre el colegio, sobre la cobaya, sobre una serie nueva que ponen en la televisión, sobre que el sábado irán al estadio a ver el primer partido de la temporada. Yo las riño por hablar con la boca llena, pero pronto desisto.

—Saluda hacia arriba.

—Voy a estar trabajando, Nor. Soy la entrenadora —le recuerdo.

—Saluda igual. Tres dedos —insiste.

Tres dedos es nuestro código desde que las gemelas tenían cinco años. Si yo levanto tres dedos de manera discreta desde el banquillo, significa que las he visto, que las quiero, y que animen mucho al equipo. Hace dos temporadas que no lo hago.

Y entonces Sofía, con naturalidad, como si estuviese comentando el tiempo que ha hecho esta semana, suelta la bomba:

—Florida tiene que molar —dice de pronto—. Imagina poder estar a finales de febrero en la piscina en manga corta y con Mireya Guerrero.

Lauren deja el tenedor a medio camino entre el plato y la boca y desvía la mirada hacia mí muy lentamente.

Esa noche las acuesto yo. Es un acuerdo no escrito que tenemos. Cuando vengo a cenar, me toca hacerlo. Siempre aprovecho para leerles un par de páginas de algún libro y nos quedamos un rato hablando. Nora me pregunta si algún año pueden ir conmigo a la pretemporada y faltar al colegio. Sofía me pregunta si Mireya Guerrero es maja.

Yo les doy un beso en la frente y las mando a dormir sin responder a esa última pregunta.

Al bajar al salón, Lauren me está esperando con dos copas de vino.

—He visto la cara que has puesto cuando la niña mencionó a esa jugadora nueva —suelta sin más, clavándome la mirada.

—No sé a qué te refieres —disimulo.

—Diana, no te estoy acusando de nada. Ya somos mayores, llevamos cinco años divorciadas y dos sin tocarnos. No me debes ninguna explicación. Pero… estás jugando con fuego. Lo sabes, ¿verdad?

—No hay nada de nada —miento.

—Solo te pido una cosa, ten cuidado, te lo pido por las niñas, ¿vale?

—Sí.

—Promételo.

—Que sí, joder. Ya te he dicho que no hay nada —insisto.

—Y otra cosa —añade, haciendo girar el vino en su copa—. Si necesitas hablar con alguien, sabes que estoy aquí. No te voy a juzgar, pero no te lo guardes dentro.

Asiento. Ella levanta la copa hacia la mía y brindamos sin tocarlas.

***

Los entrenamientos de la semana son un desastre. Mireya no se presenta a la sesión de vídeo del martes. El jueves discuto con Iris porque se toca demasiado la coleta. Me mira raro, pone los ojos en blanco, pero no contesta. Estaba esperando algún comentario irónico, algo que me permitiese pegar un par de gritos para desahogarme, pero nada.

Corrijo la posición de Mireya en un contraataque.

—Sí, entrenadora —responde con frialdad.

—¡Vance, deja de tocarte la coleta! —chillo, porque no puedo admitir que ese tono seco de Mireya me hace más daño que un cuchillo.

—Buah, jefa, es un tic que tengo desde pequeña. No lo controlo. Si no lo hago, no marco goles. Y si no marco goles, Drummond te va a llamar para quejarse. Tú misma —responde, abriendo las manos y encogiéndose de hombros mientras Tina trata de esconder la risa.

Mireya se limita a hacer lo que le digo. Nada más. Sin una pizca de la creatividad que la caracteriza y nada funciona.

Tras la sesión de tarde, Nika Wallace se planta en mi despacho.

—¿Tienes un momento?

—Siéntate.

Se sienta en la silla baja, la que odian todas las jugadoras porque queda cinco centímetros por debajo de la mía.

—Me gustaría hablar de mis minutos en el partido del sábado.

—Los minutos los decido yo.

—Vale, solo dime si empiezo el partido como titular o no.

—Empiezas tú.

Lo digo sin pensar. Mireya lleva una semana entrenando mal mientras Nika se deja la piel en cada sesión.

—¿Empiezo yo? —insiste.

—Ya te he dicho que sí. Línea de cuatro atrás. Necesito ataque al espacio. Tú corres más. Mireya asocia mejor, pero tú eres más rápida. Ya está. ¿Es todo? Porque tengo mucho que hacer.

—Quiero saber una cosa.

—Joder —resoplo.

—¿Soy titular este sábado porque soy mejor que Mireya para este partido o porque ha habido algún problema entre vosotras?

Levanto las cejas todo lo que puedo y le clavo una mirada asesina.

—¿Qué has dicho?

El problema es que lo repite. No se disculpa ni vacila.

—Te recuerdo que soy tu entrenadora —gruño, apretando tanto el rotulador que tengo en la mano que el plástico cruje—. Espero que no estés diciendo lo que creo que estás diciendo.

—Yo no he dicho nada que no sea profesional —se defiende.

—Entonces, empieza siendo una profesional ahora y sal de mi despacho —ordeno, señalando hacia la puerta con el dedo índice.

—Guerrero no es mejor que yo —murmura, sosteniéndome la mirada—. El problema es que tú la miras como si fuese la respuesta a algo que te llevas preguntando años. Y contra eso no puedo competir —añade, bajando los ojos.

***

El viernes a las seis y media reúno a las jugadoras en la sala de video.

Puede que ellas piensen que no me importa dar las alineaciones, pero no es así. Algunas saben que nadie les quitará el puesto, para las demás, estas reuniones son un suplicio. Lo sé bien, porque no hace muchos años, yo era una de esas jugadoras.

Empiezo con una pequeña charla sobre el equipo rival. Tienen un centro del campo muy físico, les gusta atacar más por la izquierda y la lateral se incorpora de manera habitual. Una delantera muy rápida y con buen regate.

Quince minutos más para recordar nuestra estrategia a balón parado.

Y la alineación.

La leo directamente de la libreta.

—Portera, Castillo. Defensa de cuatro, de derecha a izquierda: Lucía, Bennett, Carter, Park. Centro del campo: Zoe Méndez, Jade Herrera, Jamie. Banda derecha: Iris Vance. Banda izquierda: Walsh. Punta: Wallace.

La sala se queda en silencio.

Iris se gira para mirar a Mireya, a continuación, me mira a mí.

—Buah —dice sin más.

Nadie comenta. Nadie tiene que comentar, yo soy la entrenadora.

—Suplentes convocadas: Vargas, Guerrero, Lin, Tina, Schmidt, Roberts, McGraz.

Mireya no levanta la vista.

Continúo unos minutos más mientras les recuerdo las transiciones y los marcajes.

—¿Preguntas?

Nadie dice nada.

—Muy bien. Mañana dos horas antes del partido, os quiero a todas preparadas. A descansar.

Las jugadoras se levantan, las sillas chirrían contra el suelo al desplazarse. Salen en bloques, comentando en voz baja. Iris pasa por delante de mí y hace un gesto raro.

Mireya sale la última, pasa a mi lado y se gira.

—Buena suerte mañana.

***

El sábado a las dos de la tarde, Tina ha puesto reguetón en el vestuario. Zoe ya tiene en su brazo la cinta de capitana. Iris se ha puesto unos guantes que no necesita, pero que le gusta llevar. Lucía está de rodillas, atándose las botas con tres lazos como en cada partido. Jade habla en voz baja con Bell sobre los córners.

Salimos al túnel y la grada estalla en aplausos mientras por megafonía ponen música a todo volumen para calentar el ambiente. Por muchos partidos que hayas jugado, la salida al campo es un momento especial.

Levanto la cabeza hacia el palco y las veo. Sofía lleva una camiseta del club, supongo que con el número que yo tenía hace años a la espalda. Nora se ha puesto la camiseta de Mireya de cuando jugaba en Aura Valley. Lauren se ha sentado entre las dos y no me quita ojo.

Levanto tres dedos.

Nora lo ve y le da un codazo a Sofía. Las dos sonríen. Lauren asiente lentamente con la cabeza.

En el banquillo, justo a mi espalda, Mireya Guerrero ya está sentada con los ojos fijos en el centro del campo.

Las once jugadoras del equipo rival salen al centro. Las nuestras también. Saludos. Sorteo de campo. Iris levanta el brazo, dice algo y Lucía se ríe. Nika ya está en su posición. Lista para demostrar que merece el puesto.

La entrenadora rival me hace un gesto con la cabeza desde la distancia.

Silbato a la boca.

Pitido inicial.

CAPÍTULO 9

Mireya

En el minuto siete, Iris Vance ya ha disparado dos veces a puerta y las dos se han ido altas.

La pelota se va por encima del larguero. La afición gruñe. Diana, en la zona técnica, se pasa una mano por la nuca y suelta el aire de golpe. Lleva el pelo recogido, tirante, y los pantalones muy pegados, y no debería estar fijándome en esas cosas.

Iris se gira hacia Jade Herrera con las manos abiertas y su queja se escucha por encima del "uy" de los aficionados.

—Buah, dame un balón al pie antes de que me jubile, no todos al espacio —protesta.

Jade responde algo que no consigo escuchar. Iris se da una palmada en el muslo y asiente antes de volver a su posición.

A mi derecha, Tina mastica chicle a una velocidad de vértigo mientras su pierna no deja de pegar botes. Hades se desespera en la banda, grita, da órdenes, pero ninguno de los ataques llega a buen puerto. Para empeorar las cosas, nuestra defensa está hoy un poco distraída.

Necesito estar dentro del campo. No estoy acostumbrada al banquillo y esto me está matando. Lo único que me consuela es que

Hades corrige a Iris de igual modo que lo hacía conmigo en Florida. Ni más íntimo ni más distante. Igual. Y eso significa que trabaja del mismo modo con todas, sin favoritismos.

Una de las centrales del equipo contrario es bastante más lenta que la otra, Nika podría ganarla fácilmente por velocidad, pero se precipita y se mete continuamente en fuera de juego.

En el minuto veintiocho, una jugadora rival recibe entre líneas, gira, ve el espacio detrás de Zoe y manda un pase que aterriza en los pies de su delantera. Disparo. Castillo despeja lo mejor que puede con los puños y la pelota sale a córner.

En el banquillo, Diana suelta un soplido y anota algo en la tablet.

—Ese pase. Tercera vez que lo hace.

—Sí —digo, sin mirar.

—¿Lo estás viendo?

—Lo estoy viendo —confirmo.

En el minuto treinta y ocho, Lucía recibe un mal pase de Carter, pierde el balón y el equipo rival se nos echa encima. En tres pases se plantan en el área, disparan y gol.

Cero a uno.

El banquillo entero se hunde en la misma décima de segundo. Tina suelta un "no, no, no" entre dientes y se aplasta el chicle con la lengua. Ethan deja caer el lápiz al suelo. Yo dejo de respirar cuando siento a veinticinco mil personas quedarse calladas de golpe.

Iris se estira la camiseta y se la pone por encima de la cabeza, como si no ver el marcador pudiese borrar el resultado.

Luego, desvía la mirada hacia el banquillo, me mira y, a continuación, mira a Hades, que sigue con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de enfado.

Por suerte, el descanso llega antes de que nos metan otro gol, porque las rivales se han envalentonado y prácticamente acosan nuestra portería.

El ambiente en el vestuario es muy distinto a lo que estoy acostumbrada. En Aura Valley, era normal ir al descanso perdiendo, es más, ir con cero a uno se consideraría un triunfo. Aquí, las jugadoras entran cabizbajas, algunas en silencio, otras maldiciendo. Es casi una tragedia. Parece que van a perder su trabajo si no ganan el partido.

Iris se sienta en su sitio, se quita las botas y las tira al suelo con más fuerza de la necesaria, murmurando algo sobre que ya no le traen suerte y que las va a quemar en una hoguera. Lucía mira al techo. Zoe coge dos botellas de agua y le pasa una a Tina sin preguntar.

Cuando Hades entra, todas las jugadoras se quedan calladas.

—¡Menuda mierda de partido! —grita como primera frase.

Nos explica un montón de sistemas en la pizarra y empiezo a pensar que el problema de este equipo es que tiene demasiados.

En el minuto cincuenta seguimos cero a uno. Iris baja a recibir cinco metros más cerca. La pierna izquierda. Gira. Manda un pase largo a Park, que chuta y se lleva un córner. Justo como marcaba la libreta de Hades.

La número diez del equipo rival recibe entre líneas de nuevo. Esta vez, Zoe está más arriba y corta sin contemplaciones. Falta y tarjeta. Iris levanta los brazos al cielo y maldice algo al lado de los periodistas. Seguramente, mañana saldrá en todos los programas deportivos.

—Guerrero, calienta —escucho en el minuto cincuenta y cinco.

Me levanto y saco uno de los petos naranja del cesto que hay junto al banquillo. La tela está un poco áspera por dentro y la etiqueta del cuello me roza la nuca.

—Vas a entrar por Nika —dice Hades, sin levantar la vista de la tablet—. Misma posición, pero baja a recibir entre líneas. Busca el pasillo.

A mi lado, Tina ya tiene el peto puesto y me hace una seña para que la siga a la zona de calentamiento junto a la banda. El partido va por el minuto cincuenta y seis y Lucía acaba de despejar con mucha suerte un balón largo que nos habría creado muchos problemas.

—Eh, conmigo, vamos. Trote. Diez fondos y después sprint —murmura Tina, supongo que más para ella que para mí.

Tina trota a mi izquierda con pasos cortos y brazos sueltos. Lleva la cinta del pelo torcida y el chicle escondido en algún sitio entre la mejilla y la encía. No habla y eso que casi nunca se calla, así que debe estar muy nerviosa.

En el campo, Iris recibe un pase demasiado largo y se desespera.

—Eh, ahora sí —escucho.

—¿Qué?

—Sprint.

Salimos a sprint. Veinte metros. Vuelta trotando. Veinte metros. Vuelta trotando.

A la tercera, Tina se queda dos pasos por detrás y cuando nos detenemos, me sujeta por el codo.

—Vas a marcar. Lo presiento —dice con un guiño de ojo.

No contesto, pero creo que se me escapa una sonrisa.

—Guerrero. Dentro, ya —chilla Hades.

Regreso al banquillo y me saco el peto por encima de la cabeza, sintiendo cómo la tela me roza el pómulo al pasar y lo tiro sobre el banco.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dice, colocándose a mi lado—. Al recibir desde medio campo, no busques el gol, busca el pasillo. Iris va a aparecer. Confía en el sistema.

Cuando el cuarto árbitro levanta el panel con su número, Nika tuerce el gesto y alza los ojos al cielo.

Pisar el césped se siente especial. Ya había jugado en este campo, pero siempre como visitante. El público aplaude cada esfuerzo, cada ocasión, te dan un punto de energía extra que se agradece.

Me coloco en la posición que Hades me explicó en agosto, en una pizarra blanca de Florida, con un rotulador rojo y una botella de agua entre nosotras.

Zoe coge el balón, levanta la cabeza para evaluar la situación, lo mueve corto a Walsh. Walsh se lo devuelve. Zoe pasa a la izquierda a Park.

A continuación, la pelota viene a mí, la controlo con la zurda y veo a Iris que ya está corriendo en diagonal hacia la portería, igual que en la pizarra de Hades, casi puedo ver las líneas rojas de su rotulador.

Me pide el balón con la mano abierta. Tres defensas se han ido con ella. Tres defensas, porque cada vez que Iris se acerca a la portería, se convierte en una amenaza. La zona delante de mí se abre de repente.

Tengo el pase. Lo veo. Pero también veo una oportunidad.

No paso todavía, toco, toco, avanzo.

Empiezo a escuchar los gritos en la grada.

—¡Suelta, Guerrero! —escucho gritar a Iris, aunque no la miro —. ¡Suelta, joder!

Sigo avanzando, la portera se da cuenta de que no voy a pasar, chilla a una de las defensas, que viene a por mí sin tiempo de llegar.

Decido sin pensar más. Chuto y el murmullo de los aficionados sube varios decibelios.

Y yo dejo de escuchar.

CAPÍTULO 10

Mireya

La pelota entra por la escuadra y el estadio entero pierde la cabeza.

Escucho a veinticinco mil personas gritando algo parecido a mi nombre y se me pone la piel de gallina, tanto, que tardo un momento en asimilar el gol.

Iris llega corriendo con los brazos abiertos y me embiste de medio lado.

—¡Buah, Guerrero, menos mal que no me hiciste caso, me llevé a tres defensas y ya no quedaba hueco para un buen pase! —me grita a la oreja—. Si no llega a entrar, Hades te habría matado dos veces. Ahora solo una —agrega, abrazándome con fuerza.

Lucía se une a nosotras, me coge la cara entre las manos sudadas y me la sacude. Park y Walsh llegan después y nos amontonamos las cuatro contra el banderín.

Cuando el equipo contrario va a sacar desde el centro del campo, desvío la mirada hacia el banquillo.

Diana está de pie con los brazos cruzados, la tablet bajo el sobaco y la mandíbula muy tensa. No sabría decir si está enfadada, sorprendida o confusa. Asiente una sola vez hacia el campo sin que

sepa nadie a quién va dirigido. Iris lo entiende como suyo, o quizá no le importa, y levanta el puño hacia ella.

La grada Norte sigue cantando mi nombre, la misma grada que cada vez que venía a jugar a este estadio me dedicaba todo tipo de insultos.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —susurra Tina cuando pasa junto a mí, empujándome con el hombro—. Yo huelo los goles, soy medio bruja —bromea.

Iris marca el dos a uno en el minuto noventa y dos, de cabeza a la salida de un córner. Ha sido pura suerte, todo hay que decirlo, pero cuenta igual. Primer partido oficial de la temporada para las Seattle Emeralds.

Más tarde, en el vestuario, Tina y Jamie bailan sobre un banco a ritmo de reguetón, Lucía abraza a Carter por algún motivo que solo ellas entienden. Castillo, la portera, está sentada en una esquina con una bolsa de hielo en la rodilla, comentando alguna jugada con Zoe.

Todo se detiene cuando entra Diana.

—Tres puntos. Bien. Mañana descansamos. El lunes a las diez. Iris, horrible los primeros veinte minutos, luego bastante bien. Has aparecido cuando hacía falta y eso es lo que se pide a una delantera.

—Buah, jefa, gracias.

—Castillo, el gol fue en parte culpa tuya. Guerrero.

Trago saliva al escuchar mi apellido.

—Ya hablaremos el lunes.

Dedica una frase corta a cada jugadora, menos de dos minutos al grupo completo y se despide diciendo que nos queda mucho que mejorar.

La música no vuelve a subir hasta que sale por la puerta.

Iris se sienta a mi lado y me pasa el brazo por el cuello, apretándome contra su cuerpo.

—Buah, Guerrero, en el fondo Hades está contenta contigo. Es muy dura, pero justa. Sabe que tomaste la decisión correcta, aunque no respetases su sistema.

***

Durante el mes de marzo, las sesiones de vídeo individuales de los martes son casi todas iguales. Carpeta abierta, pizarra, rotulador rojo para marcar muchas líneas y dos botellas de agua, una para mí y otra para ella.

A finales de mes, se queda mirando un pequeño tatuaje en el antebrazo que me acabo de hacer y que llevaba dos años esperando. Le explico que es un homenaje a mi padre, ella solamente asiente y continúa con la sesión. Sin preguntas.

En una de las sesiones de abril, la botella de agua se me cae sobre la mesa y empapa su cuaderno. Las dos saltamos a la vez para intentar arreglar la situación y nuestras manos se rozan. Es apenas un segundo o dos, mi mano sobre la suya. Levanta la mirada y busca mis ojos, yo retiro la mano, quizá demasiado rápido.

—Joder, perdón, Diana.

Es la primera vez que la llamo Diana. Hasta ahora era siempre "entrenadora" y con el resto del equipo, Hades. Nunca Diana, ese

nombre lo reservaba para mis pensamientos.

En la primera sesión del mes de mayo, me pregunta por el tatuaje que me había hecho hace mes y medio.

—¿Qué significa eso que te has tatuado? —dice cuando ya me estoy levantando de la mesa.

—Morriña. Es como nostalgia, echar de menos algo que no sabes nombrar exactamente, pero que incluye tu familia y tu hogar. Mi padre nació en México, aunque era de origen gallego. Cuando se mudaron a Estados Unidos siempre usaba esa palabra.

Asiente y sonríe un poco. De nuevo, no hace ningún comentario.

Las sesiones han empezado a durar más tiempo y empezamos a hablar de cosas más personales. De cómo mi padre construyó el Aura Valley desde cero, de las expectativas de mi madre cuando me entrenaba, de sus hijas, incluso de Lauren, su exmujer. Ya ninguna de las dos se aparta cuando nuestras rodillas se rozan bajo la mesa.

—*Saudade* —murmura un día, acariciando el tatuaje de mi antebrazo con la punta de los dedos a principios de junio.

—¿Qué?

—Una de mis abuelas era de Portugal, aunque vino a Seattle con dieciséis años. Significa lo mismo que morriña —explica.

Desliza de nuevo los dedos sobre mi tatuaje y me deja literalmente temblando.

—Buah, ¿esa sala tiene el wifi muy malo o algo así? —bromea Iris al verme salir—. Porque llevas tres horas ahí dentro.

—Estábamos repasando jugadas.

—Ya, claro. Yo también me encierro con Paula durante horas, solo que no lo llamamos repasar jugadas —ironiza, entornando los ojos.

El resto del mes de junio, ninguna de las sesiones baja de las tres horas. Las conversaciones se hacen mucho más naturales y los roces accidentales se multiplican, pero, joder, se sienten tan bien…

***

—¿Estás jodida porque Hades te sentó en el banquillo en el último partido? —pregunta de pronto Iris en el primer entrenamiento tras regresar de Houston.

Se coloca a mi lado para atarse las botas. Siempre se ata primero la izquierda. Tres lazos por bota, es una de sus muchas supersticiones, supongo.

—Me tiene un poco confusa —confieso—. A veces es encantadora conmigo, en las sesiones individuales de vídeo me dice que está muy contenta con mi rendimiento, hablamos de muchas cosas, es hasta simpática… y no hagas ninguna broma, que no hacemos nada de lo que tú piensas ahí dentro, solo hablamos —le advierto a ver la cara que ha puesto.

—Ya, y luego te sienta por Nika Wallace, como en el último partido.

—Exacto. No lo entiendo.

—Buah, Guerrero, voy a contarte una cosa que no le cuento a nadie.

—No estoy de humor para guardar secretos esta mañana, Iris, así que no me la cuentes si es algo comprometido.

—Nah, te la cuento a ti porque te tengo más cerca. Mira, Hades me ha sentado un millón de veces en mis primeros años en el club. Un millón —repite—. Y yo al principio quería matarla, te lo juro. Pensaba que era algo personal, que no le caía bien porque hablaba mucho y me gustaba la fiesta. Que era una mujer amargada que se desquitaba conmigo porque no podía desquitarse con su ex. Lo pensaba un montón, no te creas, tenía loca a la pobre Zoe con ese tema.

—Vale, ¿quieres llegar a alguna parte con eso?

—¡Qué poca paciencia tienes! El caso es que un día Ethan me dijo una cosa. Fue hace seis años, en un autobús, después de un partido en San Diego. Me dijo que Hades me sentaba porque sabía que si lo hacía, yo me enfadaba y jugaba mejor. Y que eso, en el fondo, era su forma de quererme.

—¿Te lo dijo así? —pregunto confusa.

—Bueno, un poco más seco, pero el contenido es el mismo. Tardé una temporada en perdonarle a Hades los minutos que me había robado, y otras dos en darle las gracias por habérmelos robado, porque sin esos minutos en el banquillo yo no tendría varios trofeos de máxima goleadora de la liga —confiesa.

—Eso es fácil decirlo porque ahora tú eres siempre titular —me quejo, alzando las cejas.

—Lo sé, pero antes yo me iba a casa y rumiaba durante dos días por qué me había sentado en el minuto setenta. Ahora, si lo hace, Wesley me dibuja un sapo verde, es un acuerdo que tenemos,

y a las diez de la noche ya me he olvidado del partido. ¿Sabes lo que estoy diciendo, Guerrero?

—¿Quieres que le pida a Wes que me dibuje un sapo verde?

—No, joder. Es un ejemplo. Es que a veces mezclo cosas cuando hablo. No tiene importancia, yo soy así. La pregunta no es si Hades te ha sentado un partido. La pregunta es por qué eso te importa mucho más de lo que debería —suelta, levantándose de golpe y poniéndose a silbar una vieja melodía.

Cuando salimos al campo, llueve. No acabo de acostumbrarme a esa lluvia tan fina de Seattle.

—Partidillo. Quince minutos a campo reducido. Petos rojos contra petos amarillos.

Diana lee los equipos. Yo voy con peto rojo junto a Iris, Zoe, dos defensas y la portera suplente. A Lucía le da un peto amarillo, también a Nika Wallace y a Castillo.

—Buah, somos las buenas, ¿lo has visto? —susurra Iris, acercándose a nosotras.

—¡Quiero ver a todo el equipo defender con ganas! —chilla Hades—. También a las delanteras.

En cuanto escuchamos el silbato, salimos a por todas porque con Iris no se puede hacer otra cosa. Aunque sea un partidillo de entrenamiento, si no ganamos, luego se enfada con nosotras el resto del día. A los dos minutos, ya ha intentado regatear a Carter dos veces y a los cuatro, mete un golazo desde la frontal que celebra con tanta alegría como si hubiese marcado en los Playoffs.

Poco más tarde, Walsh me mete un pase entre líneas, lo recibo de espaldas, en tres cuartos, giro a la derecha y siento el golpe antes de darme cuenta de lo que ocurre.

Nika entra con fuerza, los tacos por delante, se desliza por el césped mojado e impacta contra mi pie de apoyo. Escucho un crujido pequeño, seco, como cuando partes un palillo de dientes con los dedos.

Caigo al suelo de lado, la hierba mojada contra la mejilla. Nika se inclina sobre mí, pálida, pidiéndome perdón una y otra vez.

—No te muevas, Tessa ya está viniendo —dice Diana, arrodillándose a mi lado y apartando un mechón de pelo de mi cara —. ¿Dónde te duele? ¿Tobillo, rodilla?

—Tobillo —suspiro con un gesto de dolor.

—¿Has oído un crujido?

Asiento.

Diana cierra los ojos durante un segundo entero y cuando los abre, su mirada me transmite lo mismo que en aquella terraza de Florida al amanecer.

Frente a mí, Iris está en cuclillas, con las manos colgando entre las rodillas, alternando la mirada entre nosotras. En ese instante lo veo claro, la pregunta de Iris Vance en el vestuario hace poco más de una hora.

Por qué me importa más de lo que debería que Diana me siente en el banquillo.

CAPÍTULO 11

Hades

—Diana, hazme sitio —ordena Tessa al llegar.

Retiro la mano del tobillo, pero apenas unos veinte centímetros. No me aparto del todo porque no puedo. Mireya mira hacia arriba, con una mueca de dolor y algunas briznas de hierba pegadas a la mejilla izquierda.

—Diana, levántate, así no puedo trabajar —insiste Tessa.

Obedezco a regañadientes, mi rodilla no se queja, al menos no de momento, quizá lo haga más tarde.

Tessa palpa y pregunta. Mireya se encoge cada vez que presiona el tobillo o intenta rotarlo.

—Es un esguince —escucho—. Todavía no sé si es grado dos o de grado tres, tendríamos que hacerle una resonancia para confirmarlo. Iris, ¿puedes traer la camilla? No quiero moverla demasiado hasta que sepamos cómo está —añade.

Iris sale corriendo y llega poco más tarde con la camilla, acompañada de Lucía, que insiste en ayudar.

—Diana, la llevo yo al hospital para que le hagan la resonancia, tú sigue con el entrenamiento. En cuanto tenga los

resultados te llamo —dice Tessa, ayudando a colocar a Mireya en la camilla.

El entrenamiento. Ni siquiera recordaba que no habíamos acabado.

Nika sigue con las manos en la cabeza. Explica a cualquiera que quiera escucharla que fue algo fortuito, que resbaló porque el césped estaba mojado, pero lo cierto es que fue una entrada muy dura, innecesaria para un simple partidillo.

Ninguna de las jugadoras tiene la cabeza en el entrenamiento, así que las mando a las duchas mientras espero en mi despacho la llamada de Tessa y cada minuto se estira hasta volverse insoportable.

—¿Cómo está? —pregunto en cuanto el teléfono suena, sin dejar siquiera que termine el primer tono.

—Esguince de grado dos. Ligamento peroneo astragalino anterior. No hay rotura completa, estará bien.

Cierro los ojos un segundo al escucharlo.

—¿Tres semanas o cuatro?

—Sí, de tres a cuatro semanas, lo de siempre, ya sabes cómo va esto. Hielo y reposo absoluto las primeras setenta y dos horas. La semana que viene, piscina. La siguiente, carrera y algo de balón en solitario y a la cuarta, si evoluciona bien, empieza a entrenar con el grupo.

—Está bien. Podría haber sido peor, supongo —admito con un suspiro.

—Pero, Diana, tenemos un pequeño problema —escucho al otro lado de la línea.

Se me acelera el corazón y, por un instante, me temo lo peor.

—Verás, es que el piso de Mireya es un segundo sin ascensor. Durante las primeras setenta y dos horas preferiría no arriesgarme, pero sobre todo esta noche no puede dormir en su casa.

—¿Se queda en el hospital?

—No, no. No es necesario. Mañana podemos preguntar al resto de jugadoras quién puede tener a Mireya en su casa durante unos días, pero ahora ya se han marchado todas. No sé si es mucho pedir, pero ¿podría quedarse contigo esta noche?

—Sí —respondo antes de que termine de hablar.

Tessa hace una pausa.

—Vale, entonces yo puedo pasar a por ella mañana para ver ese tobillo y…

—La llevo yo misma a las instalaciones del club —propongo, quizá demasiado rápido.

—Vale, gracias. Entonces vienes al hospital, recoges a Mireya, te la llevas a tu casa y te aseguras de que alterne veinte minutos de hielo y veinte de descanso. Ah, y dale de cenar algo en condiciones, ¿vale? Algo que no sea pizza congelada.

Antes de darme cuenta, ya estoy montada en el coche camino del hospital.

***

Cuando llego, Mireya está en la puerta, sentada en una silla de ruedas que empuja una celadora y con el tobillo vendado.

Tessa está dos pasos detrás, hablando con uno de los médicos. Iris estuvo un rato con ellas, pero tuvo que marcharse a ayudar a Zoe porque Wes había vomitado dos veces.

—Que no use las muletas hasta mañana. Hoy, descanso absoluto —me recuerda, señalándome con el dedo índice—. Una pastilla de estas cada ocho horas, le ayudará a quitar el dolor y bajar la inflamación —agrega, entregándome un pequeño bote antes de despedirse.

—¿Entonces me llevas a tu casa? —pregunta Mireya cuando consigo acomodarla en el asiento del copiloto.

—Eso ha dicho Tessa.

—¿Lo sueles hacer con todas tus jugadoras? —bromea, alzando las cejas y por fin sonriendo un poco.

***

—Veinte minutos con hielo. Veinte sin. Dos veces antes de dormir —ordeno mientras la dejo tumbada en el sofá con el pie en alto sobre un cojín.

—¿Puedo ducharme? Me llevaron directamente al hospital —dice de pronto.

Levanto la vista. Tiene barro seco en la mejilla, el pelo apelmazado por la lluvia y el sudor del entrenamiento, todavía lleva la ropa deportiva.

—No deberías mojarte el vendaje y es mejor no quitarlo —le advierto.

—Lo sé, pero puedo lavarme el resto, ¿no crees? A ver, Diana, no pongas esa cara, que no te estoy pidiendo que me enjabones tú,

solo ponme una silla para que me pueda sentar con la pierna estirada y ya me arreglo de algún modo —suelta riendo.

Quince minutos más tarde, tengo colocada una silla de plástico dentro de la ducha y ayudo a Mireya a entrar con una bolsa alrededor del tobillo.

—Voy a por algo de ropa limpia mientras te duchas. ¿Necesitas que te ayude?

Por suerte, me dice que no, porque mientras se lo pregunto estoy literalmente temblando. De hecho, todavía tiemblo al sacar una camiseta del Mundial femenino del 2011 y unos pantalones de pijama.

Dejo la puerta del baño semiabierta y me siento en el suelo del pasillo mientras se ducha, con la espalda contra la pared.

—¿Me pasas una toalla?

Entro tratando de mantener la vista en sus ojos, o en las baldosas de la ducha o en cualquier cosa que no sea su cuerpo desnudo. Le seco el pelo despacio, casi sin frotar, y ella echa la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—¿Te seco la espalda?

—Sí, por favor —suspira.

Tiene varias pecas pequeñas agrupadas en el omóplato izquierdo y una cicatriz fina junto a la columna que no le había visto.

Llegamos al dormitorio despacio: ella sin apoyar el pie, con un brazo alrededor de mi cuello.

—Siéntate en la cama.

Me arrodillo en el suelo y siento un tirón de la rodilla mala, pero mi cabeza está en otras cosas ahora mismo. Le paso los pantalones del pijama por el pie sano primero, despacio. A continuación, por el vendado, con mucho cuidado para no hacerle daño, y ella se levanta unos centímetros del colchón con los brazos para que pueda subírselos.

—La camiseta ya puedo yo —dice muy bajito, estirando la mano para que se la dé—. Joder, Diana, sabes que puedes mirar, ¿verdad? La mitad de las veces que entras en el vestuario hay alguna jugadora desnuda.

Prefiero no responder porque no es lo mismo, ni siquiera parecido.

—Quédate en la cama, yo duermo en el sofá —anuncio, señalando con el dedo hacia el salón.

—Ni hablar, tu rodilla. Si duermes en el sofá, mañana casi no podrás ni caminar —me recuerda—. Además, la cama es enorme, ni siquiera sabré que estás aquí. Espera, no roncas, ¿verdad? —bromea, dando unas palmaditas en el colchón para que me tumbe junto a ella.

Apago la lámpara de la mesilla y me meto bajo las sábanas en camiseta y bragas. Le dejo el lado derecho para que tenga sitio para el tobillo.

Para mi sorpresa, Mireya se acerca más y apoya la cabeza entre mi pecho y mi hombro; todavía tiene el pelo mojado.

Nos quedamos en silencio, tan calladas que llegan desde la calle los ladridos lejanos de un perro.

—Hoy has cruzado el campo a una velocidad de récord, creo que podrías ganarle una carrera a Iris incluso con la rodilla mala —bromea.

Quiero responder algo, pero acaricia mi mejilla con la punta de los dedos y se me van las ideas.

—Necesito volver a besarte —suelta sin más, estirando el cuello para buscar mi boca.

De nuevo, me gustaría poder responder algo, al menos recordarle que soy su entrenadora y que podría haber un conflicto de intereses y un montón de problemas en los que prefiero no pensar, pero las palabras no salen y el mundo desaparece en cuanto sus labios rozan los míos.

Es un beso bonito, suave, un beso que he soñado cada noche desde Florida. No hay prisa, porque las dos sabemos que esta noche no podemos seguir adelante.

Se separa, sonríe y me besa de nuevo. Es apenas un roce de labios, la punta de su lengua buscando la mía antes de que vuelva a apoyar la cabeza en mi hombro.

Suspira cuando cuelo la mano por debajo de la camiseta para acariciarle la espalda. Intenta darse la vuelta, pero un latigazo de dolor le recuerda que es mejor no mover ese tobillo y pasar una noche tranquila.

—¿Me cuentas algo?

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que sea. Algo tuyo.

—La camiseta que llevas puesta es del Mundial de 2011, jugué solo quince minutos. Esta noche es la primera vez que se la pone otra persona —confieso.

—Guau —suspira.

Se acurruca contra mi cuerpo, ronroneando mientras se deja acariciar la espalda y el cuello y, poco a poco, se va quedando dormida. Ha sido un día duro y cuatro semanas sin jugar serán un auténtico suplicio para ella.

Yo me quedo despierta mirando el techo, repasando todo lo que ha ocurrido una y otra vez, como si pretendiese grabar a fuego este día en mi memoria.

Supongo que es más fácil que pensar en lo que puede ocurrir a partir de ahora.

CAPÍTULO 12

Mireya

Llevo siete días sin entrenar y estoy a punto de volverme loca. Para una deportista profesional, la falta de actividad es una pesadilla. La cabeza se me llena de ruido, como si todas las alarmas estuviesen sonando a la vez y no pudiese apagar ninguna.

Tessa me visita el lunes, el miércoles y el viernes, siempre a las once en punto. Llega con su mochila médica, una bolsa de hielo nueva, aunque no la necesite, y dos tipos distintos de cinta de kinesiología. Hace su trabajo en silencio. Sabe que las ganas de volver a entrenar duelen más que la propia lesión.

—Zoe tuvo demasiada prisa cuando se rompió los ligamentos cruzados hace años y ahora todavía paga las consecuencias —me recuerda cada vez que protesto.

Luego, prepara un café para cada una en la cocina y me pone al día de las cosas del equipo, aunque hago videollamada con varias compañeras cada noche.

—Vas bien —me dice el viernes, recogiendo sus cosas—. Empieza a apoyar el pie con cuidado y mañana podemos probar con la piscina de hidroterapia, así ves al resto de jugadoras del equipo.

—¿Cuándo podré volver al campo?

—Te quedan dos semanas más, sin protestar. Si protestas, tres semanas —bromea.

La acompaño hasta la salida con las muletas y cuando se cierra la puerta, regreso al sofá para repasar mis conversaciones con Diana.

Lleva siete días así. Si en persona es difícil sacarle palabras, en mensaje es casi imposible. El lunes a las ocho de la mañana, después de que Tessa me dejase en casa desde el club: "¿Has llegado bien?" Yo: "Sí". Ella: "Vale".

Martes: "¿Hielo cada veinte minutos?" Yo: "Cada veinte". Ella: "Bien".

Y así cada día.

Poco más de veinte palabras en una semana. Las he contado. Al menos, se ha pasado por aquí un par de veces tras el entrenamiento. Hemos preferido que no me quede en su casa para evitar problemas hasta que tengamos claro qué hacer.

Yo: Tessa dice que mañana empiezo con la piscina de hidroterapia. Y dentro de dos semanas piso el campo. Me muero de ganas, no sabes lo aburrida que estoy.

Los dos *checks* se ponen azules y los tres puntos aparecen a continuación.

Diana: ¿Aburrida cómo? ¿De leer? ¿De no jugar? ¿O de mí?

Lo leo varias veces y a la cuarta se me escapa una pequeña carcajada. Diana está tratando de hacer una broma.

Yo: De ti todavía no, pero podrías venir más a menudo, la verdad.

Diana: Mañana te paso a buscar a las ocho y te hago la cena en mi casa.

Cierro los ojos y se me escapa una sonrisa tonta.

Yo: ¿Me dejarás en casa de nuevo antes de las doce como si fuese Cenicienta?

Diana: Si prometes portarte bien puedes quedarte a dormir. Seguido de un guiño de ojo.

***

Al día siguiente, Tessa pasa a recogerme para la sesión de piscina. Es extraño, me siento casi tan nerviosa como el primer día de entrenamiento de pretemporada.

Ya le voy cogiendo el truco a lo de moverme con muletas y lo primero que escucho al llegar a las instalaciones del club es el grito de Iris, que está saliendo del vestuario.

—¡Buah, Guerrero, vuelves al mundo de los vivos!

—Vuelvo al mundo de las lesionadas con muletas. No te vengas arriba.

—Eh, pero se te están poniendo unos antebrazos muy sexys. Mira, mira, con eso vas a ligar un montón —bromea.

Me abraza con cuidado, sobre todo porque Diana le dice que ni se le ocurra tirarme al suelo. Detrás llegan Lucía, Park, Walsh, Tina y el resto de las jugadoras.

—¡Nika! ¡Ven a saludar a Guerrero! —chilla Zoe.

Duda un par de segundos, pero se acerca con los brazos un poco rígidos a los lados y cuando me tiene frente a ella, no sabe muy bien dónde poner las manos.

—Eh —dice a modo de saludo.

Nos quedamos en silencio hasta que Iris hace una seña al resto para que nos dejen a solas con una excusa que no tiene ningún sentido, pero que funciona.

—¿Cómo vas? —me pregunta.

—Más o menos voy tirando. Tres semanas más, ya tengo ganas de volver.

—Vale.

—Y tú.

—Yo, bien.

Pausa. La conversación es de lo más incómoda.

—Habéis jugado bien en el último partido. Fue duro verlo por la tele —reconozco.

—Sí, gracias —responde sin más.

De pronto, saca de la mochila una pulsera con un cordón de cuero negro trenzado y dos cuentas pequeñas y me la entrega.

—Es de Tana, mi sobrina. Tiene nueve años. Nos ha hecho una para cada jugadora del equipo. Te puso una cuenta verde porque es el color de nuestro equipo y una azul por el Aura Valley. Espero que te guste.

—Gracias. Dile a Tana que es preciosa. Y, Nika, lo del partidillo, olvídalo, ¿vale? Sé que fue solo un accidente.

Abre la boca un par de veces para decir algo, pero las palabras no salen de su garganta, así que simplemente asiente y se

va. Por suerte, Diana se acerca a mí, disimula como si me estuviese preguntando qué tal estoy y me habla muy bajito.

—Te recojo esta noche a las 8. Voy a prepararte una cena especial.

—¿Tengo que ponerme lencería sexy? —bromeo bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—O puedes venir sin ella, también es una opción —responde con un guiño de ojo antes de encerrarse en su despacho.

***

A las ocho menos cinco ya estoy esperando frente a la puerta de mi casa, nerviosa, con una botella de vino tinto en la mano. Llega puntual, como siempre, y cuando se baja del coche para ayudarme, no puedo evitar fijarme en lo guapa que está con unos simples vaqueros y una camisa arremangada hasta los codos.

En cuanto llegamos a su casa, me deja sentada en el sofá y se va casi corriendo a la cocina. La escucho abrir el horno, se oye el silbido del aire caliente y un chasquido de papel de aluminio.

—He preparado pollo al limón —dice asomándose un momento a la puerta—. No me pidas nada sofisticado, pero me sale muy bien, o eso dicen mis hijas.

Y lo cierto es que el pollo al limón está bueno. La ensalada también. El vino, mejor de lo que esperaba.

Hablamos de las gemelas, de Wesley, que está aprendiendo los colores y, al parecer, esta semana ha decidido no comer nada que sea de color verde porque Iris le dijo que los vegetales son comida de tortugas. Hablamos también de mi madre, de mi antiguo

equipo, que sigue el último de la liga, pero que al menos no se tiene que preocupar de las pérdidas durante los próximos cinco años.

Evitamos mencionar la lesión.

—¿Entonces te quedas? —pregunta tras el postre y juraría que se ha puesto un poco roja.

—Contaba con ello, me he puesto ropa interior sexy. Lo de venir sin ella me pareció un poco excesivo —ironizo con un guiño de ojo lleno de picardía.

Ahora sí se ruboriza.

Antes de que me quiera dar cuenta, estamos las dos en el baño, me entrega un cepillo de dientes nuevo, todavía en su envoltorio, y nos cepillamos los dientes una junto a la otra, frente al espejo. Menos mal que Iris no está aquí para verlo.

Cuando apaga las luces, me meto bajo el edredón con su camiseta del Mundial de 2011 y sin pantalones de pijama.

—Con el miedo que das en los entrenamientos, no suponía que fueses tímida —murmuro, girándome hacia ella para besar su frente.

—Es un mecanismo de defensa, supongo —admite, encogiéndose de hombros.

—¿Sabes? Vi la final de este Mundial junto a mi padre cuando era una niña. Creo que perdisteis en la tanda de penaltis, ¿no?

—Yo la vi desde el banquillo, comiéndome las uñas hasta prácticamente los huesos —confiesa.

Casi me la puedo imaginar, una Diana Creed de veinticinco años, mordiéndose las uñas en el partido más importante de su vida,

aunque no llegase a salir al campo. Sonrío para mí misma y, sin pensarlo, deslizo la mano por debajo de su camiseta.

Ella hace lo mismo, acaricia la piel de mi espalda con la palma abierta, despacio, muy despacio, y yo dejo de respirar durante un par de segundos.

Me coloco sobre ella con cuidado de no forzar el tobillo, rozo mis pechos con los suyos mientras nos besamos, siento su lengua buscando la mía, deslizo el muslo entre sus piernas y presiono.

Diana respira hondo. Se separa medio centímetro. Apoya la frente contra la mía y cierra los ojos.

—Mireya.

—¿Qué pasa?

—Esta noche tampoco.

—Joder, no puedes dejarme así —protesto.

—Quiero que cuando lo hagamos sea algo especial, y para eso necesito que tu tobillo esté ya curado. Si empeora por un calentón, no me lo perdonaría jamás —confiesa.

—Vale, pero mi mano se queda en tu teta, eso no afecta para nada al tobillo.

Trato de bromear, pero lo cierto es que mi nivel de excitación está por las nubes.

***

—¿Llevas mucho despierta? —pregunto, abriendo los ojos con pereza.

—Un rato.

—¿Mirándome?

—Un rato.

—Diana. Eso es de psicópata.

Se ríe y me aparta el pelo de la mejilla. Con cuidado, como si yo siguiese dormida y no quisiera despertarme. A continuación, desliza la mano despacio por mi cara, acariciando mi pómulo con el pulgar y no puedo evitar inclinarme instintivamente hacia su tacto.

Yo levanto la mano y rozo con la punta de los dedos su clavícula. Deja escapar un suspiro.

—Si sigues así voy a tener un problema con lo que decidimos anoche —ronronea.

—¿Lo de esperar?

—Sí, lo de esperar.

—Vale. ¿Y si te toco aquí? —pregunto, deslizando el dorso de mi mano por encima de sus pezones y sintiendo cómo se endurecen.

—Mejor te traigo el desayuno —dice, entornando los ojos.

—¿Me vas a traer el desayuno a la cama? Eso es casi cosa de luna de miel. Te perdono lo de seguir dejándome con ganas.

Vuelve un poco más tarde con una bandeja. En ella, dos tazas de café, tostadas con aguacate y zumo de naranja recién exprimido.

Desayunamos sin prisas, con el edredón hasta la cintura, mi pierna buena por encima de las de ella.

Y, por alguna razón, ese desayuno lento bajo el edredón me parece perfecto.

***

—Esto es para ti. Por favor, no lo abras hasta que entres en tu casa —dice cuando aparcamos frente a mi apartamento.

Saca del bolsillo un papelito doblado. Es cuadrado, pequeño y me lo pone en la mano.

—¿Qué es?

—Lo sabrás dentro de un rato —insiste, apretando mi mano.

Se despide. Entro en casa y desdoblo el papel con el corazón acelerado.

"Hay frases que me cuesta decir en voz alta, aunque las sienta. Esta es una de ellas. Te quiero".

CAPÍTULO 13

Hades

"Cláusulas opacas en la incorporación de Mireya Guerrero: el negocio que el club no quiere mostrar".

Leer ese titular a las seis y cincuenta y tres de la mañana te destroza el día.

No soy una persona paranoica, bueno, quizá un poco. Pero sí soy práctica. Llevo unos cuantos años en el mundo del deporte profesional y he visto de todo. Lo suficiente como para saber que tengo una bomba a punto de estallar debajo de mi silla.

Casi tres mil palabras firmadas por Dante Vega, un periodista sin alma que solo busca el sensacionalismo. Lo han colocado en la sección de opinión, lo que significa que el periódico se cubre las espaldas a nivel legal si la cosa sale mal. Pero el daño lo hacen igual.

No me nombra a mí de manera directa, no es un ataque personal, va contra el club. Cuestiona nuestras prácticas, la opacidad del proceso del fichaje de Mireya, la legalidad de una operación de rescate financiero disfrazado como el traspaso de una jugadora.

"Cabe preguntarse si una inversión tan grande responde a criterios deportivos o existe otra clase de lectura."

Otra clase de lectura.

Lo deja abierto para que cada lector saque sus propias conclusiones. Más bien para que cada persona que lea ese artículo se imagine lo peor.

A las ocho de la mañana, Tessa entra en mi despacho con dos tazas de café y se sienta frente a mí incluso antes de saludar.

—¿Lo has leído?

—A las siete menos cinco —resoplo.

—¿Cuántas veces?

—Cuatro.

—Pues con la mía ya son cinco —dice, bebiendo un largo sorbo de su café—. Diana, quien le haya pasado los datos a ese periodista no es de nuestro club.

Levanto la cabeza lentamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque las cifras del artículo son las del documento original del fichaje. Las que se le pasaron al sindicato de jugadoras y a la federación. No son los números internos que manejamos aquí. Son los que circulan por el papeleo oficial. Además, todo es demasiado vago, suelta acusaciones sin matizar, solo para llamar la atención y atraer visualizaciones.

—No estoy tan segura —me quejo.

—Yo sí. Estoy totalmente segura. Las cifras reales las conoce muy poca gente. Esto viene de fuera, alguien de la Federación, del sindicato o algún agente que trabajó para un club rival que haya intentado ficharla.

—¿Alguien de su antiguo club?

—No, joder, les hemos salvado la vida fichando a Mireya. Drummond está muy cabreada, acabo de hablar con ella. Está cagada de miedo por si se investiga la legalidad de toda la operación.

—Ya me imagino.

—Pero te digo una cosa, te va a apretar a ti antes de que termine el día. Querrá cubrirse las espaldas —añade, alzando las cejas.

***

A las diez y cincuenta y tres, marco el número de Alexandra Drummond. Prefiero adelantarme yo antes de que lo haga ella.

—Diana. Iba a llamarte yo en cinco minutos. Sube a mi despacho, por favor, quiero tener esta conversación en persona.

Mierda.

Subo dos plantas. La planta directiva tiene una moqueta gris claro que apaga el sonido de los pasos. Llamo a la puerta y Drummond me dice que pase antes de que termine el segundo golpe.

Nunca me gustó su despacho. Tiene una mesa larga de cristal que es muy incómoda para trabajar, tres pantallas de ordenador que no sé para qué las utiliza, y las paredes forradas con fotos de jugadoras del club levantando trofeos.

—Siéntate —ordena.

Ha pedido un café para mí a su asistente y ya lo tiene listo cuando me siento. Lo bebo igual, aunque ya he perdido la cuenta de

cuántos llevo hoy. Es mala señal. Drummond siempre te pide un café cuando quiere solucionar un problema serio.

—Lo has leído, ¿verdad? —pregunta.

—A estas horas dudo que haya mucha gente que no lo haya leído.

—La fuente no es interna —me asegura.

—Sé que no lo es.

—Diana, voy a ser muy directa contigo. Lo normal es que este artículo se quede en nada. Es cierto que lanza acusaciones, pero son vagas, si no tiene números concretos, lo lógico es que todo se olvide en un par de semanas. Lo que sí te digo es que debes tener mucho cuidado con el trato que se le da a esa jugadora. No puede haber ninguna preferencia hacia Mireya Guerrero ni nada que nos ponga en el punto de mira de la prensa. ¿Lo has entendido?

Se me forma un nudo en la garganta al escuchar sus palabras.

—Alexandra, estoy entrenando a Mireya del mismo modo que entreno a cualquier otra jugadora de la plantilla —le aseguro.

—Vale. No voy a insistir más. Ya sabes cómo funciona esto. Si no queremos que ese periodista siga con el tema, la situación con Mireya Guerrero debe ser irreprochable.

—Define irreprochable —digo, tragando saliva.

—Ahora mismo el club necesita que la próxima revisión semestral de la jugadora sea evaluada con criterios estrictos. Y si su rendimiento no justifica la cifra que hemos gastado en el fichaje, voy a necesitar que la firmes como que no cumple con los objetivos.

—Está rindiendo bien.

—Hasta hace tres semanas. Ahora está lesionada —me recuerda.

—No me estás pidiendo que suba el listón para la evaluación de Mireya Guerrero, ¿verdad?

—Te estoy pidiendo que seas estrictamente profesional con los criterios —insiste.

***

A las nueve menos veinte de la noche llamo al portero automático del piso de Mireya, siendo consciente de que nunca he hecho esto antes. Nunca he subido al piso de una jugadora a solas. Eso, hasta hoy, era una línea que no había cruzado, pero con ella ya he cruzado unas cuantas.

Abre los ojos con sorpresa al verme, está ya en pijama, apoyada en las muletas.

—¿Es por lo del artículo ese? —pregunta.

—Es por lo del artículo —confirmo.

—Mi madre está hecha una fiera —confiesa, dejándose caer en el sofá.

Le cuento mi opinión, más o menos lo que dijo Tessa, que no es nadie interno del club, que son datos poco específicos y que el periodista solamente trata de ensuciar el asunto y lanzar acusaciones vagas para atraer lectores. También le cuento la petición de Alexandra Drummond de que la próxima revisión semestral sea evaluada con criterios estrictos, porque no puedo ocultárselo.

—Eso no es justo —protesta.

—El club quiere cubrirse las espaldas para que ese periodista no siga adelante —le explico—. De todos modos, estoy muy contenta con tu rendimiento deportivo.

—Pero mi rendimiento en el campo no es el verdadero problema, ¿verdad?

—No, las dos sabemos que tenemos un problema mucho más serio —admito con un largo suspiro.

—Solo dime una cosa. El papelito. ¿Sigue siendo verdad?

—El papelito sigue siendo verdad. ¿Y para ti?

—También —confiesa—. Pero sabes que si lo nuestro se descubre, ese periodista te va a destrozar. Van a decir que me fichaste por todo ese dinero porque ya había algo entre nosotras, o querías que hubiese algo. ¿Eres consciente de ello? Porque tu carrera y tu prestigio profesional se pueden ir a la mierda para siempre. ¿Te merece la pena seguir adelante?

—Intentaremos que no nos pille nadie —murmuro antes de besarla.

Al salir, recibo un mensaje de Lauren.

"He visto el artículo. Llámame cuando puedas. No corre prisa. Pero llámame".

CAPÍTULO 14

Hades

Llevo veintidós minutos mirando el nombre de Lauren en la pantalla del móvil sin atreverme a pulsar el botón de llamada. Hasta hoy, eso es algo que no me había pasado nunca, ni siquiera cuando firmamos el divorcio.

Lo intenté ayer por la noche. La primera vez, saltó el buzón de voz. La segunda contestó Sofía y me dijo que Lauren estaba terminando de hacer los deberes con Nora y que mejor la llamaba al día siguiente. Así que aquí estoy, en mi despacho, con la primera taza de café del día ya fría a mi lado, con miedo de llamar a la mujer con la que estuve casada durante doce años.

Pulso el botón de llamada.

—¿Has desayunado? —pregunta al coger el teléfono.

—¿Eso importa?

—Sí, porque si no lo has hecho, vamos a tener una conversación muy incómoda con el estómago vacío y eso, contigo, nunca acaba bien.

Sonrío sin querer. No hay ninguna persona que me conozca mejor que ella.

—De hecho, casi prefiero tener esta charla cara a cara, Diana. ¿Te viene bien esta tarde? Las niñas tienen entrenamiento a las cinco y no volverán hasta las siete. Tenemos un par de horas para hablar con calma.

Cuelga sin despedirse, igual que hacía cuando estábamos casadas y tenía prisa por llegar a una reunión.

Lo bueno de Lauren, o lo malo, según se mire, es que sabe leer entre líneas mejor que cualquier otra persona del planeta. Y a mí lleva muchos años leyéndome; primero como pareja y más tarde como exmujer con custodia compartida. Si me ha pedido que vaya esta tarde a su casa es porque ya tiene muy bien preparado lo que me quiere decir. Lauren no improvisa.

***

A las cinco y cinco llamo al timbre. Para mí, llegar cinco minutos tarde es señal clara de que no quiero enfrentarme a la realidad.

La casa huele a tomate frito porque Lauren cocina cuando está nerviosa y porque, además, las niñas regresan a las siete y la cena debe estar hecha. Mi ex no soporta la comida precocinada.

En la mesa del salón hay una botella de vino tinto con dos copas. Está ya abierta. Ha empezado sin mí. Eso es mala señal. Muy mala.

—Necesitaba una copa, no te ofendas —murmura al darse cuenta de que me he quedado mirando.

Lauren se sienta más cerca de mí que de costumbre. Es la distancia de las conversaciones difíciles.

—Vale —dice—. ¿Empiezo yo o empiezas tú?

—Empieza tú.

—Leí el artículo, me lo pasaron como cotilleo deportivo en el colegio, la madre de una amiga de las gemelas.

—Vale, ¿y?

—Diana, mírame.

—¿Qué quieres? Si hubo algún tipo de compensación ilegal por el fichaje eso es un tema de Alexandra Drummond, no mío.

—¿Te estás acostando con Mireya Guerrero?

Me lo pregunta sin más, clavándome la mirada, y a mí se me hiela la sangre.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Te estás acostando con una de tus jugadoras? —repite.

Dejo escapar un largo suspiro.

—Joder, Diana. ¿Te has vuelto loca o qué coño te pasa?

—A ver, no es tan simple, técnicamente no ha habido sexo y…

—Pero ¿te has vuelto gilipollas? Mira, a mí no me importa. Llevamos cinco años divorciadas, pero esto va a acabar con tu carrera y les va a rebotar a las niñas, porque saldrá en todos los periódicos deportivos. Mierda, no me lo puedo creer, de verdad —protesta, llevándose las manos a la cabeza.

Quiero decir algo, pero las palabras no salen de mi garganta.

—¿Esto ya venía de antes? ¿Por eso la fichaste?

—No. Cuando la fiché no había hablado con ella en mi vida, solo la conocía como jugadora.

—Vale. Ahora te voy a hablar como abogada, no como tu exmujer. ¿Qué habéis hecho exactamente?

—Besos, alguna caricia. Ha dormido en mi cama un par de veces, pero tenía un esguince en el tobillo y decidimos no ir a más —le explico.

—¿Todo esto lo sabe alguien?

—No.

—¿Esa Mireya tiene la cabeza suficiente como para no contárselo a nadie o es una bocazas?

—No se lo dirá a nadie —le aseguro.

—¿Algo por escrito? ¿Mensajes subidos de tono y ese tipo de cosas? ¿Vídeos íntimos? ¿Fotos sin ropa?

Bebo un largo sorbo de vino.

—Los típicos, pero ya sabes que yo no soy mucho de mandar mensajes. De vídeos y fotos nada. Ni por mi parte ni por la suya. Hay una nota. Son solo cuatro líneas. No sé si la guarda.

—Joder, Diana. ¿De tu puño y letra?

—Sí.

—¿Qué pone?

—Lauren, no, por favor —me quejo.

—Diana, te estoy preguntando como abogada. ¿Qué pone?

Cierro los ojos y recito de memoria.

—Hay frases que me cuesta decir en voz alta, aunque las sienta. Esta es una de ellas. Te quiero —digo muy bajito.

Lauren coge la copa. La levanta tres centímetros. La vuelve a dejar sin beber.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Vale, déjame pensar un minuto.

Lauren se gira hacia la ventana y se queda mirando el jardín de la parte de atrás, donde Sofía dejó la cuerda de saltar tirada la semana pasada y nadie la ha recogido.

—Cuando hace años te dije que ya no podía más y que quería el divorcio, tú me preguntaste por qué. Yo respondí que estaba cansada de competir con una pizarra llena de esquemas de fútbol porque la pizarra siempre iba a ganar. Tú levantaste la vista y no peleaste. No intentaste arreglarlo. Lo aceptaste sin más a pesar de las niñas y de los años de matrimonio.

—No sé dónde quieres llegar —protesto, abriendo las manos.

—No te estoy reprochando nada. Eso ya lo lloramos las dos, al menos yo, pero ya pasó. Lo que no entiendo es por qué ahora estás dispuesta a tirar toda tu carrera por la borda por una de tus jugadoras cuando hace años fue todo lo contrario.

—Lauren, las cosas son diferentes y...

—¿Sabes cuánto tiempo te costó decirme que me querías?

Prefiero no responder. Las dos lo sabemos bien.

—Diana, no es solo el club. La liga tiene un protocolo específico desde hace años para relaciones entre personal técnico y jugadoras. Lo correcto habría sido declararlo el primer día y aplicar las medidas que marca el procedimiento. Si ese periodista consigue

pruebas de que tienes una relación con una jugadora sin haberlo declarado, tu carrera se acaba esta misma temporada. Drummond no te va a poder defender. La liga te abrirá expediente. Perderás toda la credibilidad con el resto de las jugadoras y ningún club te va a fichar tras un escándalo así. Posiblemente, tampoco a ella. ¿Eso también lo sabes?

—Sí —suspiro.

—Vale, lo primero de todo quiero que borréis absolutamente todos los mensajes. Las dos. Y dile a esa chica que queme la nota, no me importa si le hace mucha ilusión tenerla. Eso da igual. Tiene que quemarla. No puede quedar ni rastro de ella.

—Vale.

—Bien. Segundo. Tu casa. ¿Hay algo allí?

—No.

—¿Seguro? —insiste.

—Bueno, hay un bolígrafo azul de Mireya en la mesita de mi dormitorio. Eso es todo.

—Joder, Diana.

—Es un bolígrafo, Lauren.

—¿Tiene iniciales o algo que lo identifique? ¿Ha dejado ropa en tu casa? ¿Un pijama o algo así, o duerme desnuda?

—Le dejo mi camiseta del Mundial del 2011 —confieso.

—Tu camiseta del Mundial —repite muy bajo, entornando los ojos—. Sí que te ha dado fuerte, ¿eh?

Bebe un nuevo trago de vino y cuando me mira de nuevo, tiene los ojos un poco llorosos.

—Ahora lo más importante. ¿Esta mujer te quiere?

—Creo que sí.

—¿Crees o lo sabes? ¿Te quiere lo suficiente como para que ambas arriesguéis vuestra carrera?

—Eso creo.

—Pues piénsalo. Porque es lo que estáis haciendo ahora mismo. Y si de verdad está tan enamorada como tú lo estás, no se merece una relación a medias y a escondidas. Y tú tampoco. Os merecéis todo o nada, no la cosa intermedia que estás haciendo. ¿Me oyes?

Me abraza antes de irme. Con fuerza, como hacía años que no hacía, y siento sus lágrimas mojando mi cuello.

—Joder, Diana, quiero que seas feliz, pero esto es una auténtica locura —me dice al separarnos.

***

Nada más llegar a casa, me sirvo un vaso de whisky y marco el número de Mireya.

Contesta al primer tono.

—¿Estás bien?

—Necesito verte esta noche.

—¿Tienes muchas ganas de verme o pasa algo? Porque mi tobillo ya está casi bien del todo, así que no hace falta esperar más —bromea.

—Pasa que necesito verte esta noche y es importante —respondo en un tono más seco de lo que me gustaría.

—¿Está todo bien?

—No, no está todo bien. Pero todavía hay tiempo. Ven cuando puedas, ¿vale?

—Estoy allí a las nueve —me asegura.

La cabeza me da vueltas. Lauren tiene razón. La tiene en todo lo que me dijo. Sí, me ha dado fuerte esta vez, pero, sobre todo, Mireya no se merece una relación a medias.

El timbre de la puerta suena quince minutos antes de las nueve.

—Jefa, soy yo.

—¿Qué coño haces aquí, Iris? —protesto, mirando el reloj de nuevo.

—¿Me vas a dejar pasar o me quedo fuera? Porque ha empezado a llover y me estoy mojando. Además, con la humedad se me riza el pelo y…

—Entra —ordeno, apartándome para dejarla paso.

—Buah, jefa. Tenemos que hablar porque esto es muy serio. Yo no te juzgo, ¿eh? Lo hablamos y tan amigas.

CAPÍTULO 15

Hades

—¿Quieres algo de beber? —pregunto.

—No he venido a beber, jefa, vengo a hablar contigo; bueno y si me das algo de comer, yo me lo como, claro.

Pongo los ojos en blanco y decido preparar de igual modo un par de tazas de té mientras le pongo un plato de pasta que había sobrado de la comida. Le he dicho un millón de veces que no me llame jefa, pero le da igual, no me escucha.

—Suelta lo que sea y vete a tu casa, estoy esperando una visita —protesto.

—Vale, vale, no te voy a preguntar por qué tienes prisa. Pero antes te aviso de tres cosas, así te lo tomas con calma, ¿eh? Una, no te juzgo, ya te lo he dicho antes. Dos, no te pido que me lo confirmes ni que me lo niegues, no soy tonta. Tres, te lo cuento porque te respeto y me caes bien, aunque me grites en el campo. No porque seas mi jefa.

—Iris, ¿quieres hablar de una vez? Me estás poniendo de los nervios —me quejo.

Toma un sorbo de té, se quema la lengua, hace un gesto raro y, a continuación, me clava la mirada antes de decir una sola

palabra.

—A ver, en el vestuario se empieza a hablar. No mucho y tampoco con mala leche, no te vayas a pensar. Pero se empieza a hablar.

Respiro hondo y aprieto la taza con las dos manos. Me imagino lo que viene a continuación y no me va a gustar.

—¿Hablar de qué, Iris?

—Joder, sabes que tienes un problema de paciencia, ¿verdad?

—Tengo muchísima paciencia contigo, así que suelta de una vez —insisto.

—Poca cosa, de momento. Cosas pequeñas. Tina me preguntó el viernes en la cafetería por qué estabas rara con Guerrero. Lucía se lo comentó a Zoe. Yo ya lo llevo viendo casi desde Florida, porque, bueno, vaya miraditas eh, jefa. Es que la desnudas con los ojos. Además…

—Joder —suspiro.

—Sí, sí, jefa, eso es lo que yo digo cada vez que alguien me lo comenta. He cortado ya tres conversaciones donde he podido. He soltado lo que diría cualquier co-capitana decente: aquí cada una con su vida, fuera del campo no opinamos, salvo que afecte al rendimiento del equipo y Hades tiene todo el derecho a irse a la cama con quien quiera. Perdón, la jefa, no Hades, no sé de dónde salió ese nombre.

—No pasa nada, ya sé que me llamáis así desde hace años.

—Buah, vale, pues eso es solo lo primero. Lo segundo es aún peor —suelta, alzando las cejas.

—¿Aún peor?

Iris asiente lentamente con la cabeza. No gasta ninguna broma, así que va muy en serio.

—Dante Vega, ya sabes, el periodista ese, lleva dos semanas pasándose por la cafetería del club. Se ha hecho amigo de Marisa, la chica que lleva la caja. La ha invitado a un café dos veces. Luego le pregunta cosas, se hace el inocente, pero ya sabes que ese tipo no me gusta. Marisa contesta porque es buena persona y le cae bien todo el mundo, no es desconfiada. Pero esa información, en manos de ese tipo, es munición —me advierte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Marisa me lo contó ayer al pagar la comida. Le pregunté si Vega había vuelto a aparecer y me dijo "sí, hoy mismo, ha venido a por un café y me ha preguntado si yo había visto a la entrenadora cenar alguna vez con jugadoras". Dijo que no, porque tú no cenas con nadie en las instalaciones del club, y eso es verdad. Pero Hades, ese tío sabe lo que está buscando. Y va a encontrar algo si no tienes mucho cuidado.

—¿Lo sabe Drummond? —pregunto, pasando del té a una copa de vino.

—Drummond sabe que Vega ronda por el club. No sabe el detalle de Marisa. Eso es mejor que no lo sepa, no quiero que se meta en problemas por ser buena persona.

—Gracias por avisar —suspiro.

—No me las des. Aquí nos protegemos. Ya lo sabes, es la norma. Punto. Y si esto explota, vas a tener detrás de ti un vestuario

entero. Te lo digo yo, y conozco a esas jugadoras mejor que nadie —me asegura.

—No tienes que hacer esto. Yo me he buscado el problema y debo solucionarlo yo sola.

—Eh, esto es exactamente lo que tengo que hacer. Lo que pasa es que normalmente lo hago con gente más simpática que tú, pero no pasa nada, tan amigas.

Se me escapa una sonrisa.

—Anda, llévate el plato de pasta y desaparece de aquí —le digo, sacando un táper para que eche la comida.

—Una última cosa, jefa. Y con esto me voy. Lo que sea que decidas, lo que sea, decídelo con Mireya, ¿vale? No por ella. Que ella es adulta y, perdóname, pero es más lista que tú en algunas cosas. Si lo decides sola, vais a perder las dos. Si decidís juntas, igual también perdéis, pero al menos no vais a perderos la una a la otra. ¿Me entiendes? Y, sí, que ya me voy, que estará a punto de llegar y sería muy incómodo cruzarnos. Buah, a ver si va a ser celosa y se cree que estamos… ya sabes… Eso sí que sería turbio, ¿eh? —añade, despidiéndose de mí.

Mireya

Aparco frente a la casa de Diana a las nueve menos siete y juraría que me acabo de cruzar con la moto de Iris en la dirección opuesta, pero quizá solo se le parecía, últimamente estoy un poco paranoica por si alguien nos descubre. Espero en el coche unos minutos más, acariciando su nota en el bolsillo, porque no me gusta nada el tono que utilizó la última vez que hablamos.

Al entrar, dejo el bolso en el sofá, me quito el abrigo y ella deja escapar un suspiro, como si necesitase hablar de inmediato.

—¿Vino?

—Si tienes algo más fuerte, mejor, aunque mañana tengamos entrenamiento, creo que lo necesito —reconozco.

La acompaño a la cocina y me sorprendo al ver en la mesa un plato con restos de pasta y dos tazas de té a medio terminar.

—¿Has tenido visita? —pregunto, alzando las cejas.

—Iris.

—¿Iris?

—Iris, sí —confirma.

—¿Qué hacía Iris aquí? —insisto.

—Avisarnos.

Diana sirve dos vasos de whisky y los coloca sobre la encimera. Se acerca a mí, apoya la frente sobre la mía y deja escapar un larguísimo suspiro.

—Mireya, antes de nada, debo contarte tres cosas. Una de Lauren, otra de Iris, y una mía. ¿Vale?

—Joder, me estás poniendo de los nervios —protesto.

Empieza por lo de su exmujer, y me cuenta la conversación que tuvieron con todo detalle, sus preocupaciones, lo de deshacernos de cualquier mensaje por escrito y el comentario de que no me merezco una relación en la que nos escondemos de los demás.

—Aquí tienes la nota —digo, sacándola del bolso y entregándosela.

—No la voy a quemar, la meteré en una caja fuerte en mi dormitorio —me asegura, besándome en la frente.

—¿Y lo de Iris? —pregunto.

Diana respira hondo y cuenta también eso. Tina, Lucía, el periodista haciendo preguntas.

—Joder, no sabía nada de eso —reconozco.

—Me ha dicho "aquí nos protegemos" y se lo ha tomado muy bien.

—¿Y la tuya?

—¿La mía?

—La tercera cosa que tenías que contarme. La tuya.

Diana deja la copa sobre la encimera. Se gira hacia mí y se coloca a mi lado, apoyando la espalda contra el mueble.

—Lauren tiene razón. Si seguimos así, nos vamos a perder en cámara lenta y al mismo tiempo crearemos un montón de problemas. Tú te mereces o todo o nada, no ser un secreto. Debemos tomar una decisión cuanto antes —dice, inclinándose hacia mí y apoyando la cabeza en mi hombro.

—¿Tú qué quieres hacer? —pregunto literalmente temblando.

—Seguir adelante, no me importan las consecuencias —responde sin dudar.

—Esto podría acabar con tu carrera como entrenadora —le recuerdo.

—Lo sé, correré el riesgo. Solo me gustaría mantenerlo en secreto hasta que juguemos los Playoffs. No es mucho tiempo, después, dimitiré si hace falta, pero no quiero perderte —confiesa, rodeando mi cintura con su brazo derecho.

—Solo una cosa. Si esto explota antes de que se termine la temporada, no nos pilla separadas. Nos pilla juntas. Las dos asumimos lo que ha ocurrido, ¿vale? Es todo lo que te pido —añado, secándome las lágrimas con la punta de los dedos.

Me besa y cuando se lo devuelvo, todo mi cuerpo tiembla. Ya conocía la sensación de sus labios en los míos, lo que no conocía era sus labios sin freno. Sin Florida en la cabeza, sin el tobillo lesionado como un obstáculo entre nosotras.

Coloco las manos en su cintura y las cuelo por debajo de la camisa, acariciando lentamente sus costados mientras ella tira de mi camiseta hacia arriba.

—Dormitorio —jadea contra mis labios.

No conseguimos separarnos del todo, llegamos besándonos por el pasillo, descartando prendas de ropa en el suelo hasta quedarnos completamente desnudas.

—Te quiero —susurra mientras me tumba con suavidad sobre la cama.

Es la primera vez que me lo dice en voz alta. Sin papelito. Sin la excusa de la oscuridad o de la lesión de mi tobillo o del dolor que confunde las cosas.

—Yo también te quiero —suspiro, y prefiero no pensar en la cara de boba que puedo tener, en lo mucho que he esperado esto, o

en lo imposible que sigue siendo.

Se sienta a horcajadas sobre mí, las rodillas a los lados de mis caderas. Yo deslizo las manos por sus muslos, subiendo hasta sus pechos, y muerdo el labio inferior al acariciar su contorno. Diana cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás, y cuando mis dedos encuentran sus pezones, suelta un sonido que no le había escuchado nunca. Grave, totalmente vulnerable. Sin esconderse.

—Ven aquí —ronroneo, tirando de ella para que se incline.

Sus pezones se endurecen al sentir mi lengua. Esconde los dedos en mi pelo. No tira de él, solo aprieta, como si necesitase sujetarse a algo, como si también ella sintiera que estamos cruzando una línea desde la que ya no hay retorno posible.

Cuando levanto la cabeza, me coge por la nuca y me besa. Más profundo esta vez. Muerde mi labio inferior, buscando mis pechos con su mano libre.

—Dime si quieres parar, porque desde aquí ya no hay vuelta atrás —jadea contra mis labios.

Solamente niego con la cabeza y busco su lengua con la mía.

Se separa un poco para besar mi cuello. Despacio, rozando sus labios justo debajo de mi oreja para luego bajar por la clavícula hasta el esternón. Lame entre mis pechos, a continuación, mete en la boca uno de mis pezones y no puedo evitar alzar las caderas, buscando un mayor contacto mientras se me escapa un gemido.

—¿Tienes prisa?

—Tengo prisa desde Florida, prefiero no decirte las cosas que me he imaginado contigo —confieso entre jadeos.

—Yo también me he imaginado unas cuantas cosas —admite con una sonrisa.

Diana sigue bajando, muy lento. Me besa el estómago, la pelvis, desliza la punta de la lengua por la parte interna del muslo. Sus manos en mis caderas, sosteniéndome contra el colchón, como si temiese que me fuera a escapar, como si yo pudiera querer escapar de esto. Cuando llega a mi sexo, lo mira un par de segundos, casi admirándolo. Yo levanto la cabeza, mis codos clavados en el colchón. El pelo le cae sobre los hombros desnudos mientras sopla sobre mi clítoris.

Y, a continuación, siento la calidez de su lengua. Primero suave, luego encuentra el ritmo exacto y lo mantiene. Mis manos se van solas a su pelo, enredo en él mis dedos, sujetando su cabeza para que no se separe.

El placer empieza a concentrarse en mi interior, un calor que se transforma en presión para luego convertirse en necesidad. Cierro los ojos y grito. Dejo caer la cabeza hacia atrás, alzo las caderas y me dejo llevar por su boca.

—No pares —suplico entre gemidos.

No lo hace, mete dos dedos sin dejar de lamer mi clítoris, moviéndolos al mismo ritmo. Le entrego mi cuerpo entero, me derrito, me desmorono pieza a pieza. Cuando llego al orgasmo, lo hago con los ojos cerrados y su nombre en mis labios. Un clímax largo, intenso, perfecto.

Diana no retira los dedos hasta que termino de temblar. A continuación, sube por mi cuerpo con pequeños besos, frotándose, dejando rastros de su excitación sobre mi piel. Se tumba a mi lado,

me pasa el brazo por debajo de los hombros y me coloca contra su pecho. Es igual que aquella primera noche con la lesión, solo que esta vez no hay lesión, ni dolor. Solo nosotras.

—Te toca —susurra, besando mi cabeza.

Me incorporo ligeramente y la empujo suave, hasta que es ella la que se queda bocarriba. Abro sus piernas para colocarme entre ellas, beso la cicatriz de su rodilla y no puedo evitar sonreír, porque la primera vez que la vi en la pretemporada de Florida, pensé que un día me gustaría besarla. Y ahora lo estoy haciendo.

—¿De qué te ríes? —pregunta sorprendida.

—Después te lo cuento.

Subo para besar su estómago, el esternón, el cuello. Y entonces deslizo la mano derecha entre sus piernas. La encuentro caliente, mojada, esperándome.

—No te calles, me gusta escucharte gemir —le digo muy bajito al ver que trata de mitigar sus jadeos.

Muevo los dedos con cuidado en su interior, siguiendo el ritmo de su respiración. En cuanto veo que se excita demasiado, me detengo, ella protesta, espero un par de segundos y sigo. Maldice algo contra mis labios la siguiente vez que lo hago, pero solamente sonrío. Hago una ligera pausa y continúo; dentro y fuera, despacio, despacio, despacio. Siento cómo se tensa, cómo sus caderas buscan más fricción, más velocidad, más de todo.

—¿Tienes prisa, entrenadora? —bromeo.

—Eres una cabrona, estás acabando conmigo —protesta, arañando mis hombros.

Y entonces cierra los ojos, hunde la cabeza en la almohada, sujeta con fuerza las sábanas y se deja ir con un gemido larguísimo.

Cuando termina de temblar, acuna mi cara y me besa con suavidad, la frente, los pómulos, la boca. Besos pequeños, uno detrás de otro.

Nos quedamos tumbadas una al lado de la otra, mi cabeza contra su clavícula, la pierna sobre las suyas. Nuestras manos entrelazadas sobre su vientre, subiendo y bajando con su respiración que poco a poco se va calmando.

—Esto es un problema —suspira de pronto.

—Lo sé.

—Un problema muy grande —repite.

Tardo en dormir. Ella también. Pero nos quedamos así, en la oscuridad, respirando la una contra la otra, fingiendo que mañana no llegará, o quizá que no habrá ninguna consecuencia, que somos dos mujeres normales, sin líneas prohibidas entre nosotras. Que no tengo que escaparme de su casa a las seis y cuarto de la mañana para que nadie me vea.

Y cuando se me cierran los ojos, lo último que pienso es en el sabor de su piel, en el sonido que hizo cuando llegó al orgasmo, en lo imposible que será olvidar cualquiera de las dos cosas.

CAPÍTULO 16

Hades

El mensaje que recibo mientras desayuno tiene solamente dos palabras en mayúsculas y un enlace, pero consigue helarme la sangre.

Ethan: LEE ESTO.

Al abrirlo, me lleva a un artículo corto, no más de cuatro párrafos, pero lo peor son las fotos. Mireya saliendo de mi casa hoy a las 6:15 de la mañana con el pelo revuelto. Hay tres tomas, todas sacadas desde el mismo lugar. En la más problemática, le estoy dando un beso en la frente en el umbral de la puerta.

El móvil se me cae de las manos.

Hago memoria. Había un sedán oscuro al final de la calle, pero ninguna de las dos reparamos en que podría haber alguien dentro. Alguien con una cámara de fotos y un objetivo de largo alcance.

Debo llamar a Mireya antes de hacer cualquier otra cosa.

Lo decidimos juntas.

—¿Has visto el artículo? —pregunta en voz baja.

—Voy a llamar a Alexandra Drummond en cuanto terminemos esta llamada y convocaré al Consejo del club esta tarde, pero antes

necesitaba saber cómo estás.

—Bien. Asustada, pero bien. ¿Tú?

—Igual. Mireya, escúchame. No vayas a entrenar hoy. Quédate en tu piso o mejor ve a casa de Tessa o de Iris. La prensa te estará esperando y no va a ser agradable.

—No te voy a dejar sola —protesta—. Ayer mismo hablamos de que esto podría pasar. Lo decidimos juntas, así que no me apartes ahora, por favor.

—No te estoy apartando. Te estoy pidiendo que estés fuera de las instalaciones del club hasta que hable con Drummond y con el Consejo. Nada más. Luego, hablamos con el vestuario las dos juntas, te lo prometo.

—Está bien —dice al fin—. Pero me llamas en cuanto acabes. Y siento que todo esto se haya complicado, de verdad.

***

Drummond me espera en su despacho a las diez. Sin café y con una cara de mala leche que intimida.

Tiene sobre la mesa un folio impreso, solo dos párrafos, encabezado con el logo del club. El departamento de comunicación lo ha redactado en un abrir y cerrar de ojos con una eficiencia que no sé si admirar o considerar inquietante.

—Lee y firma —ordena, deslizando el papel sobre la superficie de su escritorio.

Es breve, asegura que el club confía en el profesionalismo de su cuerpo técnico, que la vida privada de sus empleados es un asunto personal y que el club no hará ningún comentario sobre

informaciones publicadas en medios externos, pero que si se confirma un trato a favor, tomarán las medidas que sean necesarias. Es correcto en la forma, como cabría de esperar, pero totalmente inútil.

—No lo voy a firmar —murmuro, deslizando el papel de vuelta en su dirección.

—¿Qué propones?

—Quiero convocar al Consejo esta tarde. Quiero que Lauren se encargue del caso. Le pedimos que diseñe un protocolo de supervisión externa que regule la relación profesional entre Mireya Guerrero y el cuerpo técnico. Ethan firma los informes semestrales y los revisa un auditor independiente. Evitamos cualquier conflicto de intereses, pero no voy a renunciar a mi relación con Mireya. Si el club no está de acuerdo, prefiero presentar la dimisión.

—¿Y quieres que tu exmujer lleve el caso?

—Exacto. Es la abogada más competente que conozco y en la única que puedo confiar en estos momentos. Y es la única que puede tener todo listo para presentar ante la liga el lunes, antes de que se nos adelanten ellos abriendo expediente —admito con un soplido.

Drummond descruza las piernas y las vuelve a cruzar por el otro lado.

—Está bien, a las cinco —dice—. Convocaré a los miembros del Consejo. Diana, haz que esto funcione. Si funciona, yo no tengo ningún problema en que te quedes, sabes que confío en ti, pero si no puedes hacerlo funcionar… ya sabes lo que hay —agrega antes de que salga de su despacho.

A continuación, llamo a Lauren. Responde casi de inmediato. También ha leído el artículo.

—Diana, mira que te lo dije —protesta sin ni siquiera saludar.

—Lo sé. ¿Tienes un momento?

—Tengo el tiempo que necesites —me asegura.

Le cuento todo lo ocurrido con Alexandra Drummond, también lo que había acordado la noche anterior con Mireya, incluso la inesperada visita de Iris. Lauren me deja hablar, no me interrumpe. En doce años de matrimonio y cinco de divorcio, eso nunca ha cambiado.

Cuando termino, Lauren tarda unos segundos en procesar la información.

—El protocolo que describes no es complicado y puede ser bastante útil si el Consejo lo aprueba. Me preocupa más el apoyo del vestuario. Si alguna jugadora siente que hay un conflicto de intereses que la afecta negativamente de algún modo, puedes tener un problema con la liga o el sindicato de jugadoras.

—¿Te encargarás?

—Diana, joder. Hemos estado casadas doce años y tenemos dos niñas en común. Claro que lo haré, aunque seas la persona más terca que conozco.

Dejo escapar un largo suspiro de alivio.

—Gracias, te pago lo que me digas.

—Ya hablaremos de eso. Quiero verte mañana a las nueve en mi despacho. Trae a Mireya contigo, ella también tiene que decidir

sobre algunos puntos. Y un café, que el de la máquina del bufete sabe horrible.

—A las nueve.

—Cuídate —dice antes de despedirse.

CAPÍTULO 17

Mireya

En el momento en que Lauren Creed me saluda, me doy cuenta de que llevo puesta la camisa azul de Diana y de que ya es demasiado tarde para arreglarlo.

Eso, en mi cabeza, es importante. He dormido solamente cuatro horas y me presento en el despacho de la exmujer de mi novia con unas pintas en las que prefiero no pensar.

La sala de reuniones no es grande. Una mesa redonda con seis sillas alrededor. Una jarra de agua. Tres tazas. Diana se sienta a mi lado. Ha venido con el chándal del club porque desde aquí iremos directamente a entrenar.

—Mireya. Voy a ser muy breve porque tenéis que estar en el entrenamiento a las once y son las nueve y diez. Lo que vamos a firmar hoy es la declaración formal de la relación a la liga y al sindicato de jugadoras, junto con el plan de medidas que el club proponer aplicar. Es el procedimiento estándar, solo que se aplica habitualmente antes de iniciar la relación, no después. Por eso vamos contra reloj. Si el club y la liga lo aprueban, firmáis el protocolo definitivo el lunes, ¿vale?

—Vale —resoplo.

—Tres cosas —dice Lauren—. Una: Ethan firma tus informes semestrales. Diana no toca eso. Dos: habrá una evaluación trimestral más corta. Tres: alguien de fuera del club valida las dos. Si puede ser, del sindicato de jugadoras. ¿Hasta aquí bien?

—Sí —respondemos Diana y yo casi al unísono.

—¿Preguntas?

—¿Qué pasa si Ethan firma que no lo estoy haciendo bien y yo creo que sí?

—Recurres al revisor externo. Si te da la razón, el club lo acepta, si no, debes asumirlo —explica Lauren, encogiéndose de hombros mientras abre las manos.

—¿Y si Diana y yo lo dejamos?

Diana me mira con sorpresa, pero es algo que debo preguntar. Lauren asiente como si ya esperase una pregunta similar.

—El protocolo se mantiene hasta el final de tu contrato con el club. Vuestra separación no afectaría. Tiene sentido. Sé que Diana no lo haría nunca, pero el protocolo también tiene que cubrir el riesgo contrario.

—¿Que me perjudique por haber roto con ella?

—Exacto —confirma la abogada.

—Solo una pregunta. ¿Por qué nos defiendes? Quiero decir… supongo que para ti tiene que ser una situación un poco incómoda. Sé que lleváis cinco años divorciadas y eso, pero estoy saliendo con tu exmujer y…

—Porque conozco a esta mujer desde hace muchos años, Mireya —me interrumpe, señalando a Diana—. Y nunca la he visto

querer a nadie como te quiere a ti. Ahora es feliz. Y porque tenemos dos hijas en común que la adoran. Si todo esto se tuerce de algún modo, las crías van a sufrir. Así que mi trabajo, hoy, es proteger a las cuatro. No solo a vosotras dos.

Asiento, firmamos y cuando estamos saliendo por la puerta, Lauren me sujeta de pronto por el codo.

—Mireya, cuídala, por favor —susurra.

***

Llegamos a las instalaciones del club a las once menos diez. El aparcamiento está más lleno de lo normal, con varios coches de periodistas que no deberían estar.

Iris nos intercepta a la entrada, mientras grita a la prensa que se aparten y nos permitan pasar.

—Todo el equipo está esperando en el vestuario —anuncia.

—¿Quién las ha convocado? —pregunta Diana—. Se supone que deberían estar saliendo al campo para calentar.

—Jefa, hoy no es día de entrenamiento, al menos no hasta que hablemos todas juntas. Cada una ha ido llegando y se ha sentado junto a su taquilla. Os estamos esperando. De todos modos, es mejor que no entres todavía. No te lo tomes a mal, pero es algo que debemos resolver primero nosotras como equipo y después, entras como entrenadora si quieres, pero primero lo hablamos las jugadoras —añade, mirando a Diana, que levanta las manos en señal de rendición.

Lo primero que noto al entrar es el silencio. Un vestuario lleno y silencioso es la cosa más antinatural que existe en un club

deportivo del nivel que sea. Veintidós mujeres que me miran y no se escucha ni una mosca volando. Tina con el chicle quieto entre las muelas. Lucía con las botas a medio atar. Carter con el codo apoyado en la rodilla y los ojos en el suelo. Castillo con los guantes en la mano sin ponérselos.

Voy a mi taquilla y me siento yo también, dejando la bolsa de deporte a mis pies.

Iris se coloca en el centro, y cuando Iris Vance se coloca en el centro del vestuario, la gente la mira y escucha.

—Buah, a ver —dice, pasándose la mano por la coleta—. Antes de empezar, una cosa. Lo que voy a decir aquí no me lo ha pedido nadie. Ni la jefa, ni Drummond, ni mi cara bonita en el espejo. Esto lo hago porque me sale del coño, ¿vale?

Varias jugadoras se ríen bajito o ponen los ojos en blanco.

—El año pasado, cuando salió toda esa mierda de que Paula no era en realidad mi novia sino mi guardaespaldas y la prensa me empezó a perseguir, el primer día yo no quería salir de mi casa. No me apetecía ni levantarme de la cama. Pensé que se me venía el mundo encima. Me imaginé titulares, me imaginé las redes sociales. Era todo un jodido caos. Y al día siguiente Zoe me dijo "Iris, vístete y vamos a entrenar, que el mundo no se cae por un par de fotos de mierda". Y vine a entrenar y aquí dentro, en este mismo vestuario, vosotras me hicisteis la vida mucho más fácil que cualquier otra mañana de mi carrera.

Hace una pausa y recorre con la vista a todas las jugadoras, una a una.

—Todas sabemos que una parte de la prensa se pone fea cuando huele sangre. Es su trabajo, supongo, y ese tipejo lleva diez años haciendo justo eso. No es nada nuevo. Lo que importa de verdad es qué vamos a hacer nosotras. Aquí dentro. En este vestuario.

Iris se gira hacia mí y me señala.

—Guerrero. Lo que ha salido publicado es tu vida privada y la de la jefa. Y a ninguna de nosotras nos importa una mierda lo que hagáis las dos en la cama. ¿Vale? Ese no es nuestro trabajo. Nuestro trabajo es jugar al fútbol y ganar los Playoffs. Y para eso necesitamos que tú estés entera y que la jefa esté entera. Punto.

Asiento lentamente con la cabeza sin ser capaz de articular ni una sola palabra.

—Y si alguien tiene un problema con eso —continúa Iris—, que lo diga ahora. Aquí dentro. A la cara. Nada de pasillos, nada de mensajitos en privado.

Zoe se levanta.

Lo hace más despacio, sin la energía de Iris, pero es la voz con más peso en este equipo.

—Hace dos años, en pleno juicio por la custodia, mi exmarido utilizó unas fotos de Wesley sacadas de contexto para argumentar que yo no era buena madre. Yo estaba destrozada, pero Iris venía a casa todas las noches con un táper de comida que alguien del equipo había preparado. Todas salisteis a dar la cara por mí en las redes sociales, incluso varias declarasteis en el juicio. Conseguisteis que me presentase ante una jueza con la cabeza alta cuando lo

único que quería hacer era esconderme bajo una manta y llorar hasta que no me quedasen más lágrimas.

Mira a las jugadoras nuevas, las que no estaban entonces.

—Esto es lo que somos en este equipo. Por eso elegimos jugar aquí. Por eso renovamos contratos. Por eso aguantamos a una entrenadora con mala leche y a Drummond, que da aún más miedo que Hades. No es solo por ganar ligas o por el sueldo, es porque somos una familia de verdad.

—Buah, eso mismo —dice Iris, aplaudiendo—. ¿Alguien tiene algo que decir?

Jade Herrera se levanta y es sí que es raro, porque todas la conocemos más por sus largos silencios que por sus palabras.

—Todas hemos jugado en otros equipos. En muchos casos hemos tenido que tragar mucha mierda para poder seguir jugando al fútbol. Seguro que entre todas hemos visto de todo. Pero en este equipo se protege a las jugadoras, aquí defendemos a las compañeras y, por mi parte, Hades se puede acostar con cualquier persona adulta mientras no perjudique al club.

Lucía levanta la mano sin levantarse.

—Yo solo digo que, si alguien pregunta, la respuesta debe ser siempre la misma. No tenemos nada que comentar. Y no me importa repetirlo un millón de veces si hace falta. Por mi parte, no tengo ningún problema en que Hades tenga una relación con Guerrero.

Una a una, todas las jugadoras asienten hasta que llegamos a Nika Wallace, que está sentada en el fondo, con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo.

—Pienso igual —dice sin levantar la mirada.

—Bien, pues ya estamos —grita Iris—. Ahora, a terminar de cambiarse y al campo, que la liga no se va a ganar sola —añade, dando varias palmadas.

Las jugadoras van saliendo del vestuario y cuando está ya casi vacío, Nika se coloca a mi lado.

—¿Tienes un minuto? —pregunta en voz baja.

—Claro.

—He pedido el traspaso —suelta de pronto.

Asiento. Se comentaba en el vestuario desde hacía algún tiempo.

—¿A qué equipo?

—Chicago. Mi tía vive allí y estaban muy interesados. Drummond lo tiene ya casi preparado. Esta semana está mirando los papeles a cambio de los derechos de una jugadora brasileña.

—Nika... ¿es por mí?

—No, no, no tiene nada que ver con vuestra relación, ni contigo, tampoco con Hades. Es que llevo dos temporadas sin disfrutar y necesito un sitio nuevo. De verdad, puedes estar tranquila —me asegura—. Por cierto, mi sobrina me ha preguntado si te gustó la pulsera. Creo que eres su jugadora favorita.

—La llevo siempre puesta —admito, tirando de la manga hacia arriba para enseñársela—. Y dile que si marco un gol en las finales señalaré a la pulsera ante las cámaras. Mucha suerte en tu nuevo club.

***

Esa noche, llego a casa de Diana con dos cervezas y un táper con su plato favorito de comida tailandesa.

Cenamos en el sofá, las dos cervezas en la mesa baja y el táper entre nosotras.

—Entonces, ¿todo salió bien en el vestuario? —pregunta tras un silencio demasiado largo.

—Todo salió muy bien. El equipo está totalmente unido y nos apoya —confirmo—. ¿Sabías que Nika se va?

—Soy la entrenadora, claro que sabía que Nika se va.

—Tu ex me cae bien.

Diana sonríe.

—Le caes bien tú a ella. Me ha mandado un mensaje al salir.

—¿Qué dice?

—Dice "me cae bien, ahora entiendo".

—Mañana en el partido...

—¿Qué pasa mañana en el partido?

—Si consideras que debes cambiarme en algún momento o incluso dejarme en el banquillo y sacar de titular a Nika, lo entiendo, pero, por favor, no lo hagas por las acusaciones de favoritismo que comenta parte de la prensa.

—Mañana juegas. Lo tenía decidido desde antes de que salieran esas jodidas fotos —me asegura, rodeando mis hombros para atraerme hacia ella.

CAPÍTULO 18

Hades

El pequeño despacho del estadio tiene una ventana que da al aparcamiento de las jugadoras. Desde aquí se ven los coches que van llegando. La moto de Iris, el monovolumen de Zoe y Tessa está justo al lado, con la sillita de Wes. El de Mireya, tres plazas más allá, todavía con la pegatina del Aura Valley en la luna trasera.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Abro el cajón inferior izquierdo del escritorio. El folio está doblado en cuatro, tal como lo dejé hace seis meses. Lo metí debajo de un cuaderno de planificación de la temporada para no verlo cada vez que abriese el cajón. Llevo medio año sabiendo que está ahí y, aun así, evitándolo.

Hoy lo saco y lo desdoblo con cuidado, alisando los pliegues con el pulgar.

El campo verde que pintó Wesley. Doce o trece figuras de palo, con colores chillones, amontonadas a la izquierda. Iris con una coleta amarilla enorme que le llega casi hasta el suelo. Mireya pintada de azul.

Y a la derecha del folio, separada del grupo por un enorme espacio en blanco, una sola figura de palo. Pintada de color negro.

Yo.

"Es que tú siempre estás sola" me dijo aquel día con esa inocencia que solo tienen los niños pequeños.

Llevo seis meses sin querer mirarlo.

Pero la mujer del dibujo ya no soy yo.

Lo fui durante muchos años, quizá por eso me pusieron el sobrenombre de Hades. Siempre con la pizarra debajo del brazo, siempre separada del grupo por un espacio en blanco que yo misma había creado.

Wesley lo vio con solo tres años.

Hoy ya no quiero ser esa figura solitaria.

***

El vestuario se ve diferente durante los Playoffs. Son las mismas jugadoras, los mismos colores en las camisetas, pero es distinto. Puedes notar la tensión en los pequeños gestos.

Mireya está sentada junto a su taquilla, ya con la camiseta puesta. Lleva una cinta en la muñeca derecha sobre la pulsera trenzada. El cuero negro, dos cuentas; una verde y una azul. Zoe mete con disimulo un papel en la media derecha. La gente no se da cuenta cuando lo ve por televisión, pero muchas de las jugadoras llevan algo que les dé suerte en los partidos decisivos.

—Sabéis que van a plantear un sistema muy defensivo y jugarán al contragolpe. Es muy importante que estemos muy concentradas —les recuerdo—. Iris, no vas a poder recibir un pase limpio en noventa minutos, así que asúmelo y no te frustres. Si marcan primero, no nos volvemos locas. Seguimos intentándolo. Un

partido da para mucho y los goles llegan cuando llegan, pero para eso hay que seguir intentándolo.

—Buah, jefa, la rueda de prensa de hoy va a ser muy incómoda —masculla Iris entre dientes.

—La rueda de prensa es cosa mía. Vosotras tenéis que ganar el partido. Harán preguntas, eso ya lo sé, pero no es vuestro problema —añado, tratando de que se olviden del tema y se centren en el encuentro.

—Vale, jefa. Pues vamos a ganar para que la rueda de prensa sea de campeonas —dice, levantándose mientras da varias palmadas, animando al resto de las jugadoras.

***

El primer gol en contra llega en el minuto 38. Lo cierto es que aguantamos mucho porque lo estamos haciendo de pena. Ellas juegan encerradas atrás y aprovechan cualquier robo de balón para montar un contragolpe que nos deja en desventaja. Llegan con velocidad, con nuestra defensa demasiado adelantada, Bennett no consigue cerrar el espacio y el balón se cuela por el palo izquierdo de Castillo.

Cero a uno.

Las veinticinco mil personas del estadio se quedan mudas durante un tiempo a pesar de los gestos desesperados de Iris pidiéndoles que animen. El equipo rival no se detiene mucho en la celebración. Continúan jugando con el mismo sistema, cerradas, con continuas faltas en el medio campo que desesperan a Zoe y a Jade. Incluso hacen un par de cambios defensivos.

Levanto los tres dedos hacia el palco. No es el mejor momento, pero lo necesito.

Iris junta al equipo en el círculo central durante los pocos segundos que tarda el balón en volver a ponerse en juego. No escucho lo que dice, pero cuando empieza a rodar, pelean con más ganas.

Minuto 45+2. Córner desde la derecha. Mireya lo saca cerrado al primer palo. Iris vuela y remata de cabeza libre de marca. Dentro.

Uno a uno.

Iris corre a la banda y se besa el escudo frente a la grada norte. Mireya enseña la pulsera a la cámara de televisión.

Pitido del descanso.

Hoy apenas corrijo en el vestuario. Saben lo que tienen que hacer. Somos mejores, tenemos la posesión, dominamos el partido. Solo debemos tener cuidado en los contragolpes y las jugadas a balón parado.

Tessa pasa cerca de mí para mirar el tobillo de Castillo y me roza el hombro. No es un accidente, es solo Tessa dándome ánimos sin necesidad de palabras.

En el minuto 78 el equipo rival está cansado. Las piernas pesan después de jugar un partido tan defensivo. En la segunda parte las hemos hecho correr más, sus laterales ya no suben tanto.

En el minuto 89, Lucía corta un pase, Zoe recibe en el centro del campo, pasa a la banda, Mireya lo controla con la pierna izquierda y corre hacia la portería donde sus defensas ya se están organizando. Levanta la cabeza y, por un momento, pienso que va a

intentar jugárselo ella sola como hizo en el primer partido. Iris entra en diagonal, Mireya lanza un balón alto, Iris no se entretiene en controlarlo, remata de volea y la pelota se cuela casi por la escuadra.

El público enloquece, las jugadoras persiguen a Iris, que corre hacia la grada norte, donde están nuestros aficionados más alborotadores, se quita la camiseta y la hace girar por encima de la cabeza.

Yo me llevo una mano a la frente. Ya tenía una tarjeta amarilla.

Tarjeta roja.

Fuera del campo.

—Buah, jefa, era solo para que los periodistas tengan algo distinto de que hablar. No creo que nos metan un gol ahora, ¿no?

—Iris, sal de mi vista. Ya hablaremos luego —gruño, señalando hacia el túnel de vestuarios con el dedo índice.

Por suerte, el pitido final llega unos minutos más tarde sin ninguna sorpresa.

***

Zoe levanta la copa a las nueve y veintidós minutos en el círculo central, con veinticinco mil espectadores todavía celebrando en las gradas.

Las jugadoras cantan, bailan, se empujan, saltan unas encima de las otras o se hacen fotos. Yo me acerco a ellas, pero me quedo al margen. Es su momento. Solo sonrío mientras acaricio con disimulo el dibujo de Wesley.

Más tarde, el vestuario es una locura. Música a todo volumen, bromas, vídeos para las redes sociales. Iris repartiendo champán en vasos de plástico, Carter cantando algo que no entiendo.

Mireya se levanta al verme entrar y me abraza con fuerza.

—Lo conseguimos —susurra a mi oído antes de besarme.

—Buah, que corra el aire, jefa, que a las demás nos da un poco de vergüenza vuestro numerito —escucho a mi espalda.

—Me voy a la rueda de prensa. Iris, tienes que ir a la zona mixta como MVP del partido, así que solo te pido que llegues sobria, por favor —le recuerdo cuando estoy saliendo del vestuario.

—Jefa, a por ellos. No dejes que te intimiden, tú ponles esa mirada asesina que tienes, que das mucho miedo —grita, señalándome con las dos manos.

***

Hay treinta y tres periodistas en la sala. Prefiero contarlos porque de ese modo no pienso en las preguntas que me esperan.

La directora de comunicación del club, Sarah Collins, se sienta a mi lado, la conozco desde hace ocho años y es consciente de que estamos a punto de tener una rueda de prensa muy incómoda a pesar de haber ganado.

Cinco minutos de preguntas técnicas. La importancia del córner del 1-1, la decisión de mantener a Mireya en la banda derecha en vez de ponerla de punta. La tarjeta roja a Iris por quitarse la camiseta cuando ya tenía una amarilla.

Y entonces levanta la mano un periodista de cuarenta y pico que reconozco vagamente. Está sentado en la cuarta fila, con la

libreta sobre la rodilla derecha.

Sarah me mira un segundo, como diciéndome, "aquí llegan las malas noticias".

—Entrenadora, se han publicado fotos que muestran una posible relación con la jugadora Mireya Guerrero. Hoy ha sido titular en el partido más importante de la temporada mientras Nika Wallace se quedaba en el banquillo. ¿Algún comentario sobre eso?

Sarah abre la boca para intervenir, pero la detengo con un gesto.

Respiro hondo y me llevo la mano al bolsillo, al dibujo de Wesley que tengo doblado en cuatro.

—Mireya Guerrero es titular de este equipo desde marzo. Antes de estar en este equipo era una pieza clave en el Aura Valley y es convocada de manera habitual con la Selección nacional. Lleva ocho goles esta temporada y diez asistencias, dos de ellas hoy mismo. Esa es la información profesional que se necesita saber, no nuestra vida privada.

—Pero una relación entre la entrenadora y una jugadora… —insiste uno de los periodistas.

Le corto.

—Ambas somos mayores de edad y tanto el club como el sindicato de jugadoras han aceptado una serie de medidas para asegurarse de que mis decisiones son profesionales. Los resultados de mi trabajo están ahí, mi vida privada es mía.

Lo digo más borde de lo que sería necesario, sobre todo, teniendo en cuenta que ahora mismo deberíamos estar celebrando

que hemos ganado los Playoffs. Por suerte, Iris ha llegado ya a la zona mixta y la prensa sabe que siempre les da algún titular jugoso para publicar al día siguiente y no insisten.

Al salir, apoyo la espalda contra la pared del pasillo y cierro los ojos.

—Ha ido bastante bien dentro de lo que cabe —dice Zoe, acercándose a mí.

—Sí —suspiro, abriendo los ojos—. Bastante bien.

CAPÍTULO 19

Mireya — Febrero. Pretemporada en Florida

Wesley tiene ya casi cuatro años, es increíble cómo pasa el tiempo. Iris siempre dice que echa de menos sus dejes de bebé al hablar, pero sigue siendo un niño adorable y el centro de atención del equipo. En este viaje parece haberme adoptado. Ya en el aeropuerto me ha cogido la mano, me ha pedido una piruleta de fresa y no se ha separado de mí.

Le compro una piruleta cada vez que coincidimos. Empezó hace seis meses en un entrenamiento, le di una de fresa porque la llevaba en el bolsillo, y al crío le encantó. Ahora, siempre que me ve, me pide una.

Lo gracioso es que se ha vuelto un poco tímido, mira con desconfianza a las dos jugadoras nuevas que se han incorporado al equipo. Tessa me explicó que en el fondo es natural; casi todas las jugadoras ya estaban ahí cuando él nació y algunas se incorporaron mientras él era muy pequeño.

Ahora empieza a darse cuenta por primera vez de que el equipo no siempre es el mismo, ha cambiado ligeramente. Algunas se han ido, otras han llegado y no las conoce todavía, aunque se ha quedado embobado mirando los malabares que la nueva jugadora brasileña es capaz de hacer con el balón.

Parece una personita caminando por la terminal del aeropuerto, con su camiseta del club casi por las rodillas y una mochila diminuta a la espalda, también del club. Drummond la mandó fabricar solo para él, dijo que era buena publicidad.

—¡Hadez! —grita.

Es el único que llama abiertamente Hades a Diana, bueno, a veces también Iris, cuando está cabreada.

—Dime, Wes —responde Diana, poniéndose en cuclillas para estar a su altura.

—Tengo cosa pa ti, pero no te la doy ahora.

—¿No?

—Esta noche, en cena —insiste el niño.

Diana le pasa la mano por el pelo y Wesley, que sigue enganchado a mi mano, extiende su mano libre para que ella la coja. Me derrite verla así, con esa sonrisa que pone ahora cada vez que está con Wes, creo que necesitamos un bebé en nuestra vida.

Iris ya se ha llevado la primera sanción y eso que técnicamente ni siquiera hemos empezado la pretemporada. En vez de con la equipación oficial del equipo, ha aparecido vestida con una camiseta de tirantes que dice "BICAMPEONAS" en letras muy grandes y de distintos colores.

—Buah, Guerrero, ¿qué tal el viaje? Tiene que ser incómodo tener a Hades las cinco horas durmiendo sobre tu hombro —bromea al pasar a nuestro lado.

Diana finge que no la escucha, aunque no puede evitar poner los ojos en blanco.

***

La terraza del hotel donde cenamos es la misma del año pasado. Las mismas mesas largas. La luz amarilla, las vistas a la piscina vacía donde estuvimos a punto de besarnos.

Empiezo a comprender que la pretemporada de Florida es algo esencial en este club. El último partido de los Playoffs se ha jugado a finales de noviembre; han pasado poco más de dos meses y parece que llevamos sin vernos una eternidad. Todo son abrazos y risas, comentarios sobre las vacaciones. Es el evento que marca lo que será la nueva temporada.

—Buah, esta noche nos vamos de fiesta —dice Iris en voz baja al pasar a mi lado—. A ti no te podemos invitar, Guerrero, no es nada personal. Es que si vienes, se entera Hades, y si se entera Hades, nos quedamos sin fiesta. Te sacrificas por las demás y tan amigas —concluye, encogiéndose de hombros.

La jugadora brasileña está sentada al final de una de las mesas. Lleva veinte minutos sin hablar, observándolo todo. No me extraña, porque aterrizar en este club sin conocer a nadie es como un tsunami social que se aguanta como se puede.

Yo lo recuerdo bien. Estaba en su sitio hace doce meses.

Iris la señala con la barbilla y le dice algo a Diana en voz baja. Solo escucho un par de frases, "es una crack, pero va a ser complicada. Va a dar mucha guerra, la mitad buena y la mitad de la otra". Diana asiente y bebe un sorbo de agua.

—Buah, jefa, antes de que se me olvide. Llevo casi un año yendo los jueves con Jordan Hayes. Ya está. Te lo digo para que conste y para que no me veas saludándola en algún pasillo y pienses

que se me ha ido la cabeza. Que no, es que ya somos amigas a estas alturas o algo parecido —suelta del tirón, cambiando de tema drásticamente como es habitual en ella.

—¿Jordan? ¿La psicóloga del club?

Tanto Diana como yo nos giramos con sorpresa.

—Sí, esa. Es bruja esa mujer, jefa, lo digo en serio. Yo no sé cómo lo hace, pero te dice cuatro cosas y sales de su consulta sintiéndote menos imbécil. Bueno, es una forma de hablar, ¿eh? Me lo recomendó Zoe, y me está ayudando a centrarme mucho. Ella y Paula. Hasta he empezado a leer libros. Yo no leía un libro desde el instituto, jefa, te lo juro por Paula. Y llevo tres seguidos. Tres. Algún día me vas a oír citar a alguna escritora en el vestuario antes de un partido y vas a pensar que me he dado un golpe. Pero no, será cosa de Jordan y de Paula. Te aviso para que no me mandes al médico.

Diana simplemente asiente y le quita a Iris la copa de vino que tiene delante.

—Mejor sigues con agua, que queda mucha cena —agrega.

Drummond aparece a los diez minutos. Al igual que el año pasado, viene a Florida solo para la cena junto a otros directivos del club y mañana se vuelve a Seattle a primera hora. Trae una bolsita de papel que contiene un detalle del equipo para Wesley y otro para Diana. Al parecer, lo hace cada año, es algo discreto, sin el logo del equipo, sin publicidad. Lo hace porque le apetece.

La cena dura una hora y media, salpicada de continuo por anécdotas de Iris sobre Paula, Diana, y casi todas las jugadoras del club, incluidas muchas que ya no están. Lo cuenta con tanta gracia

que ya no sabes qué es verdad o qué se está inventando. Renata, la jugadora brasileña, sonríe por primera vez en toda la cena.

En los postres, cuando se termina el helado, Wesley se levanta de la mesa y se planta al lado de Diana con un papel doblado.

—Toma. Ez pa ti —dice, entregándoselo con las dos manos casi como si fuese una ceremonia.

—Vale, muchas gracias, Wes.

—Despacio. No lo lompas.

—No lo voy a romper. Llevo mucho tiempo abriendo dibujos tuyos y siempre los doblas igual —le asegura.

—Pelo ezte es impoltante.

—Vale, Wesley, lo hago muy despacio, ¿vale?

El niño asiente y Diana lo abre con mucha precaución, con las dos manos. Mientras lo despliega, yo ya sé lo que ha dibujado porque Tessa me lo contó, pero ver la carita del chiquillo esperando la reacción de Diana es enternecedor.

Es el mismo campo verde que el primer dibujo de hace meses. las mismas figuras de palo con colores chillones amontonadas a la izquierda en un grupo apretado. Bueno, quizá un poco mejor dibujadas, la coleta de Iris ya no llega hasta el suelo, sino a la cintura. A varias jugadoras les ha puesto un número enorme, porque está aprendiendo a reconocer los números. Esta vez, a Tina le ha dibujado un chicle saliendo de la boca como un balón.

Y en el centro del folio, dos figuras de palo cogidas de la mano. Una de negro. Otra de verde y con algo parecido al número nueve sobre ella. Mi número.

—¿Lo ves, Hadez? —pregunta el niño, poniendo el dedito índice sobre las figuras.

—Lo veo, Wesley.

—Ya no estáz zola. Y estoy yo tamién. Aquí, mila —insiste, señalando a una figura pequeña junto al grupo.

Aprieto el muslo de Diana por debajo de la mesa, porque está conteniendo las lágrimas, intentando no romperse delante de las jugadoras de su equipo y de un niño que aún no ha cumplido los cuatro años y que la mira con cara de preocupación.

—Gracias, Wesley, es un regalo muy bonito —admite, abrazando al chiquillo.

Wes asiente satisfecho y vuelve a su silla junto a sus madres.

***

Este año me quedo en la habitación de Diana y reconozco que es mucho mejor que las que les dan a las jugadoras. Tiene una terraza con una mesa y dos sillas blancas. También una tumbona para tomar el sol y vistas al océano.

—Es Lauren. Las niñas quieren saludarte —escucho cuando salgo de la ducha, todavía con el pelo mojado y la camiseta del Mundial del 2011 puesta para dormir.

Me siento a su lado en la mesa de la terraza y Diana gira el portátil para que mi cara entre también en el encuadre.

Sofía y Nora aparecen en pijama, empujándose para salir mejor. Detrás de ellas está Pickle, casi escondido tras un peluche.

—Mireya, hola. ¿Estáis tomando el sol? —pregunta Sofía, con la nariz pegada a la cámara.

—Sofía, aléjate de la cámara, que se te ve solo el ojo izquierdo —gruñe Lauren—. Mireya va a pensar que eres un cíclope.

—Vale. Mireya, ¿estás tomando el sol en Florida?

—Aquí también es de noche, pero hace mucho calor. Esta tarde cuando llegamos hacía treinta y dos grados.

—¿Treinta y dos?

—Treinta y dos, sí.

—Aquí han sido dos, ¿no, mamá? —pregunta, girándose hacia Lauren.

—¿Es un hotel bonito? ¿Tiene piscina como el del año pasado? —interrumpe Nora.

No me da tiempo a responder que es el mismo que el año pasado, posiblemente también que el anterior, porque Diana es muy de repetir si está contenta. A partir de ahí viene una sucesión de robarse preguntas entre ellas o de pequeños empujones para salir en la cámara hasta que Lauren se acerca a poner orden.

—Mireya, ¿mami te grita en los entrenamientos?

Diana, a mi lado, se atraganta con su taza de té.

—Nora, joder.

—Mamá, no digas joder, que estamos nosotras.

—Me grita como a todas las jugadoras cuando estamos entrenando, sí. Es su trabajo cuando hacemos algo mal.

—¿Pero después te pide perdón por haberte gritado?

—Después me trata muy bien, Nora —confieso, sintiendo que se me pone roja hasta la punta de las orejas.

—Vale. Es que en los vídeos de los partidos da miedo cuando grita. Yo ya estoy acostumbrada porque la conozco, pero en el primer vídeo que vi con cinco años lloré.

A continuación, me hablan de la cobaya, de que solo come lechuga de la buena, me preguntan si voy a ir a cenar con ellas cuando vuelva de Florida. Es como si ya me hubiesen adoptado como una nueva madre. La tercera. Casi me da pena cuando Lauren las manda a la cama y cierran la videollamada.

—¿Te gustó el dibujo de Wesley? —le pregunto, cogiendo su mano para llevarla a la cama.

—Mucho.

—Tessa me llamó el martes para avisarme. Me dijo "cuando Hades abra el folio en la cena, haz como que no sabes nada". No tienes que responder ahora, ¿vale? Pero, ¿has pensado en tener niños? Además de las gemelas, quiero decir.

—¿Un bebé nuestro? —pregunta, abriendo los ojos con sorpresa.

—Sí, un bebé nuestro.

—Me encantaría. Quizá no es el mejor momento, pero me encantaría —confiesa, acariciando mi pelo y besándome en la frente.

—¿Y boda?

—¿Boda? Sí, supongo que también me gustaría una boda.

—Me haría mucha ilusión que fuese en Aura Valley —admito antes de besar sus labios.

Bosteza, se acurruca contra mi cuerpo y se va quedando dormida. Yo no me duermo. Me quedo despierta una hora más. Mirando el techo del hotel, la luz de la luna sobre la sábana, la marca de la pulsera de Tana en mi muñeca derecha, su mano sobre mi vientre.

EPÍLOGO

Hades

La terraza del hotel a las seis y treinta y siete de la mañana es la misma del año pasado, pero distinta. La barandilla no ha cambiado, el mar sigue viéndose en la distancia. La luz es la misma. Todavía sin sol, con el agua oscura, y en la línea del horizonte el primer rosa pálido empezando a romper. La típica calma de un hotel de costa antes de los desayunos.

Hace un año, más o menos a esta misma hora, besé a Mireya. Después subimos al avión y nos sentamos con seis filas entre nosotras. Me pasé las cinco horas y media del vuelo contando los segundos que me quedaban para volver a fingir que no había pasado nada. Aquella madrugada, con aquel beso, decidimos algo que no sabíamos que estábamos decidiendo.

Ahora ambas lo sabemos.

La puerta se desliza y Mireya se sienta a mi lado, casi pegada a mí, a una distancia que hemos ido aprendiendo a borrar durante los últimos meses.

Su mirada se queda perdida en el horizonte, con la luz subiendo poco a poco y el primer naranja despuntando sobre el agua.

—El año pasado, justo en este lugar, estaba aterrada —confiesa.

—Yo también.

—¿Sabes lo que estuve pensando durante el vuelo? —pregunta, bebiendo un sorbo de café y sin dejar de mirar el mar—. Me pasé cinco horas pensando si debía hablar con Drummond y pedir un nuevo traspaso. Estaba segura de que me había equivocado. Barajé todo tipo de opciones para no tener que enfrentarme a lo que empezaba a sentir por ti.

—Menos mal que no decidiste ninguna de esas opciones —admito con un largo suspiro, entrelazando mis dedos con los suyos por encima de la mesa.

—No lo hice porque cuando aterrizamos miré atrás antes de salir del avión. Quería verte una última vez sabiendo que no volvería a verte hasta el lunes siguiente. Y tú estabas mirándome a mí.

Lo dice apoyando la frente contra mi hombro antes de besar mi cuello.

Cierro los ojos y sonrío.

Una vez, cuando era una adolescente, mi madre me dijo que algunas palabras, las más importantes, no hace falta decirlas nunca. Por aquel entonces, no lo entendí. Busqué su significado en la pizarra y en los sistemas, en los partidos ganados y en los perdidos. En un matrimonio fallido. En una obsesión.

Ahora, con Mireya apoyada contra mi hombro, a las seis y cuarenta de la mañana en Florida, mientras el sol despierta en el horizonte, lo comprendo.

Esas palabras no se dicen.

Esas palabras se viven.

Y quizá algún día, en un campo de arena de Aura Valley, una niña pequeña con las botas de su madre y un balón demasiado grande aprenderá lo que significan sin que nadie tenga que decírselas nunca.
